Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXVII | San José, Costa Rica **1940** Sábado 26 de Octubre | Nº 23

Año XXI — Nº 903

Contenido:



12 de Octubre subversivo

(Recortes y testimonios enviados por *Enrique Espinoza*, en Santiago de Chile, setiembre de 1940).

¡Fiesta de la Raza!

(Es la 2ª parte de *Mairena póstumo*. En el Nº XXI de *Hora de España*. Barcelona, setiembre, 1938).

Es la tercera Fiesta de la Raza que celebramos en plena guerra, la tercera vez que el destino nos pone en el trance oficial de hablar de nuestra raza en plena guerra. En verdad que no puede haber tema que sea más nuestro y, por ende, más de todos los días. Pero en el de hoy ha de tener una significación obligadamente más aguda. Sin embargo...

¡Fiesta de la Raza! Nuestros enemigos la celebrarán también el mismo día. La Retórica, o arte de conmover, deleitar y aún de persuadir con palabras, ha de emplearse, de un lado del Atlántico, con idéntico fin—la exaltación de lo hispánico—por hombres que se sienten entre sí radicalmente distintos. Esto quiere decir que las palabras deben, en este día cruzarse cargadas de significaciones diferentes, de razones opuestas. Mas, por desdicha, todos los hombres—como decía Molière—son semejantes por las palabras y, además, en tiempos de guerra las palabras se endurecen para convertirse en armas arrojadizas, en proyectiles del mismo metal.

¡Retórico guerrera! No la empleemos demasiado. Porque lo grande de la guerra, no es la Retórica guerrera, sino lo que nuestro ejército, los héroes fieles a nuestra República y a nuestra patria están haciendo allí donde se encuentran: combatir sin tregua contra la injusticia, contra la iniquidad, sin reparar en el número ni en la fuerza de sus enemigos. Limitémonos a recoger algún proyectil, de los que seguramente caerán en este día a nuestros pies, arrojado por la retórica de nuestros adversarios y sometámoslo a un examen ligero. Por ejemplo: *ellos representan a la España del Cid*. ¿Cómo puede faltar este nombre en un día de loor a la hispanidad? Yo me atrevo a ponerlo en duda, por razones expuestas hace más de dos años y sobre las cuales no quisiera insistir. Sólo he de recordar éstas: El Cid, quiere decir el Señor—Rodrigo lo fué de sí mismo en alto grado—y ellos tienen más de señoritos que de señores, justifican con su conducta un diminutivo que, en labios castellanos, tuvo casi siempre una significación despectiva. Del suerte que el mote de su abuelo les viene un poco ancho. Y, dejando a un lado etimologías que pueden discutirse, recordemos que esos nietos del Campeador, se parecen demasiado a los yernos del mismo, los infantes de Carrión, nos evocan demasiado la fechoría del Robledo de Corpes para que nos obliguen a pensar en las virtudes y en el valor de su ilustre abuelo. Recordemos que si la jura de Santa Gadea fué cosa del Cid—y en esto parece que la historia confirma plenamente la leyenda—el hecho nos presenta a Rodrigo, en primer lugar, como un campeón de la ética universal, y, en segundo, como un modelo de lealtad a su patria, al pueblo burgalés, cuyo mandato supo cumplir a costa del destierro. Ellos en cambio, aparecen como los perjuros por excelencia y los desleales por antonomasia. No *se destierran*, como el buen Rodrigo, a fuer de leales a la hombría de bien, pretenden desterrar a la lealtad misma.

Mas ¿por qué invocar una aristocracia tan modesta, que no puede pasar del siglo onceno? ¿Por qué, mucho menos, recordar la más reciente todavía del *castellano leal*, el conde de Benavente que incendió su palacio por haber albergado al condestable de Borbón? El conde de Benavente dió, en efecto, una lección de españolismo a Carlos de Gante y a los flamencos que lo acompañaban, poniendo la lealtad a la patria por encima del interés y del éxito. Porque el condestable de Borbón no había traicionado a España, sino a su propio rey y en favor de España. Acaso el buen conde se adelantaba a Calderón, pensando que

> *el traidor no es menester*
> *siendo la traición pasada.*



Aunque me inclino a creer que su gesto estaba muy por encima de la ética de esos versos calderonianos. Despreciaba al condestable por traidor, sencillamente. Ellos, en cambio, no han quemado todavía muchos palacios por motivos tan fútiles: los han dejado arder, los han expuesto al fuego de las bombas teutonas e italianas, para no ser infieles a los invasores de su patria. La única fidelidad de que pueden jactarse es la que tuvo el conde don Julián a sus propios rencores. Y es esta aristocracia, tan antigua, lo que pueden invocar en justicia, y lo que suelen callar, sin duda, por modestia. También nos dirán que la conquista de América fué cosa de ellos y que, sin sus abuelos —(Cortés, Pizarro, Almagro, etc.) no se hablaría en América la lengua de Cervantes. Reconozcamos que, si esto es cierto, las virtudes de la familia han decaído tanto que son precisamente los nietos de aquellos ilustres capitanes quienes mejor trabajan porque la lengua de Cervantes desaparezca de todo el Nuevo Mundo. Por fortuna, la lengua de Cervantes (y la de Oviedo y Gomara y Bernal Díaz) la estará defendiendo con su propia sangre un hombrecito que apenas se llama Pedro, y que no invoca ninguna de las virtudes tradicionales de su raza; se limita—sencillamente—a tenerlas.

Así hablaría Juan de Mairena en nuestros días, sin más objeto que el de iniciar a sus alumnos en lo que él llamaba *retórica peleona* o arte de descalabrar al prójimo con palabras.

ANTONIO MACHADO

La raza. El gran equívoco

(De *La Vida Literaria*. Buenos Aires).

Declarar que un país en formación, mediante la concurrencia de "todos los hombres del mundo", invitados por él mismo, pertenece a la raza de otro, sólo porque éste fué su primer poblador, y celebrarlo como una excelencia, es un acto de vasallaje, una ofensa a los compatriotas de distinto origen, así puestos en condición inferior; y un estado de ánimo extranjero, porque significa en puridad el reconocimiento de una metrópoli. Tan indudablemente, que los mismos "racistas" designan a España con la fórmula colonial de "Madre Patria". El español no es mejor que otros muchos; y su desempeño en esta tierra, cuando ella perteneció a su rey, fué tan intolerable, que nuestros padres hubieron de expulsarlo a la fuerza. Basta atenerse a la letra del Himno y al juicio de hombres tan rectos como Rivadavia y San Martín, que fueron hijos de españoles. No hay, pues, motivo de predilección, ni tenemos cómo declararnos de una raza que hasta hoy mismo no ha logrado su unidad; puesto que en su propio territorio, la rechazan colectividades tan importantes como la catalana y la vascuence. Estos son, como se ve, hechos y opiniones.

La República Argentina no pertenece a ninguna raza, por la sencilla razón de que está formándola con la concurrencia de los hombres del mundo que ella misma ha llamado. Y para todo argentino digno de su Nación, no hay ni puede haber otra "Madre Patria" que ella. Esta es la verdad interjiversable, que resplandecerá y se impondrá como ella misma. Pues a medida que pasa el tiempo, su formación será más propia, y más ajena, por lo mismo, a la influencia de esta o aquella gente. El prejuicio de la raza es una antigualla y un extranjerismo. Y es también una falsedad, porque, fuera de los mismos españoles, nadie se siente aquí español. Ni siquiera por el idioma, que todos consideramos tan nacional como nuestra propia tierra. Pues mediante la victoria los hicimos nuestros, al hacernos, sin condominio ni limitación, dueños de nosotros mismos.

...La ascendencia hispánica nos satisface y enorgullece. Queremos a España con particular afecto; pero sin olvidar que somos tan extranjeros allá, como los españoles en la República Argentina. La exageración metafórica que afirma lo contrario, es dañosa como todo lo excesivo. Jamás realizaremos nada útil si continuamos engañándonos con ella. Ningún argentino quiere que su país sea una nueva España. Lo desea, al contrario, más argentino cada vez, es decir, más y más distinto de cualquier otro. Cualquier argentino que sea de pura sangre española, como yo, se sentirá mucho más próximo a otro argentino hijo de ingleses, alemanes, italianos o rusos que a un español de España. Este es otro hecho capital, excluyente de la raza cuyo elogio inspira tanto discurso floribundo.

Es que esos oradores tratan en vano de quitar a la emancipación su profunda trascendencia. Aquélla no fué, como pretenden, una guerra civil, sino esta cosa augusta y enorme: la fundación de la Patria. No de otra España, sino de la República Argentina, única y exclusivamente argentina, que ama a España y que debe amarla, pero con la alteza, muy española, de sentirse igual por ser quien es.

LEOPOLDO LUGONES



Esta es la *paz* que quieren los enemigos del pueblo español.

(Dibujo de *Puyol*)

Raza o cultura

(De *Revista Bimestre Cubana*. La Habana).

Hay conceptos muy llevados y traídos, a veces hasta la vulgaridad, que perjudican la buena, íntima y fecunda relación espiritual entre todos los pueblos hispánicos. Tales son:

Los conceptos políticos, así internos como internacionales, que suelen, consciente e inconscientemente, implicarse en las propagandas hispánicas. Los pueblos que hablamos castellano tenemos constituciones escritas y tradicionales muy distintas, intereses internacionales muy complejos y posiciones políticas permanentes o transitorias muy diversas, y, en ocasiones, hasta antitéticas. Olvidarlo es un error tan grave como frecuente.

Dañan también los "utopismos" de los idealistas, que por fuerza de su ensoñación o por afán de estridencia, desearían arrastrar las corrientes hispanistas por torrenteras y despeñaderos a remansos y mares que sólo son espejismos.

Perturban lo mismo las, más alardeadas que ciertas, aspiraciones hegemónicas de un pueblo o grupo sobre otro, que aun cuando limitadas a lo espiritual, hieren la susceptibilidad patriótica, santamente exacerbada, de las naciones de América, para las cuales la hiperestesia de su patriotismo es a veces necesaria, obligadas como están a una continua vela de armas contra toda fuerza que sea o aparezca como debilitadora de su integridad espiritual.

Las ideas "religiosas" o "antirreligiosas", por desventura, se han entretejido a menudo con los conceptos de pura substancia hispánica. El mundo hispánico comprende confesiones muy distintas y posturas filosóficas individuales muy acentuadas, todas muy respetables y armonizables en un concepto supremo de cultura hispánica. Toda restricción en este sentido ha llevado a veces fatalmente a considerar el hispanismo como el encubrimiento de un proselitismo confesional, con las serias e inevitables repercusiones reactivas que no es difícil imaginar, en detrimento del acervo hispánico.

Las ideas "racistas" son, al igual, contraproducentes. El concepto de raza, que es el más sobado y de mayor ingenuidad aparente, es también, sin duda, muy perjudicial. Ante todo, porque es falso. No hay una raza hispánica, ni siquiera española. Y menos en América, donde conviven las razas más disímiles, con tal intensidad numérica que en no pocas Repúblicas no es la que pudiera decirse raza hispánica la predominante. El racismo hispánico es tan nocivo en nuestros países de América como puede serlo el "racismo negro" o el "racismo indio" y aun el "nórdico" o anglosajón, que también agitan algunos en aquellas tierras.

El racismo divide y es disociador no sólo desde un punto de vista universal, que ahora no interesa tanto, sino también desde una mira estrictamente nacional, allá donde, como en nuestras Repúblicas, la nacionalidad necesita robustecerse por la creciente integración patriótica de todos sus complejísimos factores raciales.

Pero entonces, preguntaréis: ¿Cómo se podrá significar el arca de ese positivo acervo de esencias espirituales que a todos los hispánicos nos corresponde en común? Fácilmente. Pensemos en que lo realmente nuestro, lo que nos pertenece troncalmente a todos, es "una misma cultura", aunque de matices variados, y en que lo único que puede vincularnos unos a otros en el porvenir para nobles y puras actividades no es sino "la cultura" en su sentido más comprensivo y supremo, sin las coloraciones parciales de tal o cual política, religión, escuela o raza.

Claro está que la voz "raza" ha sido adoptada a falta de otra absolutamente precisa para significar esa comunidad espiritual que nos une y agrupa, a veces aun en contra de nuestra premeditada voluntad, a todos los que hablamos el más bello de los lenguajes; pero ¿es que no hay otra mejor, sin vernos obligados a crear y dar acepciones sociográficas equívocas a palabras que deben ser de pura etnografía? ¿No es preferible el vocablo "cultura"?

FERNANDO ORTIZ

Raza, grillete

(De "1928". La Habana)

El concepto de raza se nutre de cadáveres. Por eso, preferentemente, lo defiende el hombre de las cavernas. El concepto de raza se nutre de materiales históricos casi siempre de derribo, no de substancias vivas: Por eso lo defienden—en primer término—los que viven, y se limitan a vivir, de lo heredado. Y en vez de negociar sus talentos, los entierran, plantan encima esas *flores naturales* de falsa poesía, regadas opulentamente por la inagotable cretinidad.

La raza está ahí, detrás de nosotros, sujetándonos el pie. Como nos lo sujetan todas las fuerzas obscuras de la vida. Esta o la otra raza no puede ser para dos pueblos una gloria común: la raza es un grillete. Remar juntos, haber remado juntos—en una galera, en una cuna—no puede conducir a nada que no sea embriagarse también juntos, al llegar al puerto. Lazos de sangre no atan inteligencias, las enturbian. Sólo aquéllos que desdeñan—que temen—el libre vuelo del pensamiento, recuerdan enternecidos la doméstica docilidad del corazón.

Ni España ni la América de habla española, si pretenden vivir armónicamente la vida de la inteligencia—única posible entre ambas—se pueden contentar con hincarse de hinojos ante un tálamo común, muy discutible, además, después de tanto injerto. Una cuna será todo lo "sagrada" que gusten los innumerables devotos de la desusada retórica "entrañable", pero en nuestro lenguaje de hoy—tan leal como aséptico—una cuna es, sencillamente, una *estación*—la primera—en la sinuosa carretera vital. Es condenarse a prisión perpetua emocional, acumular ternura inútil sobre una cuna—símbolo de algo animal, primitivo—donde el hombre y la bestia apenas se distinguen: Una cuna es, al fin, un cubil mejor aderezado. Es condenarse a un sacrificio infecundo, amontonar cariños sobre algo tan eventual, tan poco voluntario y querido, como una cuna. Mejor es repartirlos entre todas las estaciones del trayecto vital, encauzarlas preferentemente hacia las futuras "estaciones", que son estímulos, mientras las pasadas suelen no ser sino remordimientos, testimonios lamentables de nuestra endeble calidad de viajeros.

Hablar de *raza* es hablar de algo vegetal, remoto, obscuro, impreciso: concepto que sólo puede satisfacer a la grey impersonal, removida siempre—y únicamente—por razones ajenas a la razón, que *ni siquiera el corazón suele conocer;* que ya no puede satisfacer al considerable número de gentes sólo capaces de ser removidas—en España y en América—por estímulos del espíritu, por el progresivo y armónico refinamiento intelectual, por la cultura.

* * *

Cada lazo vegetal nos reduce un poco más el horizonte del espíritu. Quizá sólo una sucesión de oportunos desarraigos sea capaz de abrirnos plenamente los ojos a la franca serenidad—normalidad—de la mente. A la sed de mutua comprensión, de una mutua comprensión que comienza a ser posible por la comunidad de idioma y acaba—puede acabar—realizándose por la diversidad de pupilas, alertas cada una frente a un aspecto de la riqueza actual—material y del espíritu—de América y de España.

Entre América y España—¿por qué no ahincar bien en esto la atención?—sólo puede existir ya un *amor platónico*. Es decir, esencialmente comprensivo y alto. El instrumento de comprensión es refinado por la cultura en perpetua inquietud. Cultura es eso, no cierta capacidad de exhumación de registros civiles, no cierta sed pertinaz de seguir excavando. Agilidad para instalarse en el rico mundo espiritual de hoy, para atisbar el mundo de mañana, no para remedar a la mujer de Lot.

Y la cuna—*la raza*—es cierta voz doliente que invita al retroceso. La cuna como todo lo que despierta emociones tan impregnadas de animalidad, es la raíz de todas las incomprensiones, porque lo es de todos los partidismos, de todos los odios. Este concepto uterino del hispanoamericanismo sólo puede ser aprovechable por el fosilizado cultivador de la España tradicional, por ese acartonado filisteo que lleva los ojos en la nuca.

La tradición sólo puede servirnos de estímulo para rectificar sus errores. No como lección, porque la historia nunca fué maestra de nada y menos de la vida. La tradición es un museo donde el espíritu normal copia lo más aprovechable. Y donde el genio lo deforma, y deformándolo, lo recrea, lo inventa.

* * *

"La raza—ha dicho Fernando Ortiz es concepto estático, la cultura lo es dinámico. La raza es un hecho. La cultura es, además, una fuerza".

Exacto. La raza es un hecho. Y no hay por qué tender los brazos hacia un hecho, hacia la afirmación de un hecho. Creo más útil movilizar los ímpetus aprovechables de este resto de lo que pudiéramos llamar *emoción hispanoamericana,* hacia la forja de hechos nuevos. Lo demás sería algo así como pasarnos la vida demostrando la autenticidad de nuestros apellidos. (Siempre creí que no podremos llamarnos verdaderamente cultos, mientras nuestro primer impulso, al sentir nuestra existencia, no sea avergonzarnos de algún antepasado. O de todos).

En cambio, sí podemos estilizar, refinar cada vez más nuestra máquina mental, cuyo producto es la cultura. Apenas tiene sentido entre América y nosotros la voz *hermanos*. Más sentido podría tener—repito—la de *amantes platónicos*, es decir, atraídos, no enlazados, por algo sutil, tampoco muy bien definido, pero siempre de linaje excelso: por la cultura. Es bien cierto que en estas disquisiciones sobre la voz cultura, muy pocos se dan exacta cuenta de su verdadera significación. No importa: Basta con sentirla vivamente.

"Una cultura puede atraer; una raza, no"—añade Fernando Ortiz.—Esta es, creemos, la suprema razón. La raza limita, como todo lo que procede de la carne; la cultura ensancha el mundo del espíritu: único mundo capaz de contenernos juntos, a América y España.

BENJAMÍN JARNÉS

El crisol

(De *La Vida Literaria*. Buenos Aires, octubre 1929).

En una noche de lluvia, y en un pueblo del sudoeste del país, tuve ocasión de apreciar debidamente el valor metafórico del utensilio que titula estas líneas.

Por mera casualidad yo asistía esa noche a una manifestación escolar que se celebraba allí con motivo de una fiesta patria. El pueblo contaba escasamente mil habitantes, y los alumnos de la escuela alcanzaban a doscientos. Prolíficas, pues, debían ser las gentes que rendían tan alto porcentaje de hijos.

Estos, rubios y de ojos claros casi todos, eran en su mayoría muy altos para su edad. Vestían uniformemente delantal rosa los varones, y pollerita violeta las mujeres. Colores ambos sin sentido particular en la fiesta, y que respondían sin duda a una simple predilección por esos tonos del proveedor local.

Los chicos, bajo una garúa que no se había logrado hacer cesar, salieron en fila de la escuela, empuñando cada cual una antorcha de bleck. Con ellas en la mano y cantando recorrieron las calles del pueblo, rodearon la manzana baldía reservada para plaza, y cantando siempre regresaron a la escuela, ante cuya puerta el director dirigió a su grey una conceptuosa aunque larga alocución patriótica. Dos chicos, más altos, rubios y desteñidos que el resto, treparon uno tras otro sobre una mesa afirmada en el barro, desde la cual, con acento tan extraño como vehemente entonación, repitieron algunas bellas expresiones de nuestros próceres. Referíanse aquéllas a la formación étnica de la Argentina, tan llena de reservas vitales para el porvenir, y a aquello de "crisol donde se funden todas las razas".

Bien — me dije—; he aquí por fin algo cuerdo. Son éstas las más sensatas palabras dichas en el país, aunque el chico las repita con su boquita de ganso.

Con lo cual concluyó el acto, abandonando todos el charco formado ante la escuela. Recién al llegar a la fonda, donde yo era el único que hablaba bien que mal español, me di cuenta de que había asistido a la celebración del día de la raza.

¿De qué raza? De la española, sin duda, a interpretar las palabras del director de escuela. Nada, como dicho patrimonio, ha tenido allí sabor más extraño; pues si había entonces un rincón en el mundo, en general, y en la Argentina en particular, donde menos gotas de sangre española dieran su aporte al purificante crisol de la especie, era aquel pueblo de la raza en formación, semejante por sus cuatro costados y por su entraña a millares de pueblos de labor, donde duramente y sin vanas palabras se está alimentando el crisol de la nueva raza.

HORACIO QUIROGA

La experiencia americana

(Palabras pronunciadas en la inauguración de la Sala Hispánica en la Biblioteca del Congreso en Washington, el 12 de octubre de 1939. Del *Boletín de la Unión Panamericana*).

...En otro tiempo las cosas del espíritu tenían un valor entendido. En otro tiempo podía darse por supuesto en cualquier parte del mundo civilizado que la libre indagación del espíritu libre era esencial a la vida decorosa y noble del hombre. En otro tiempo se podía presumir como cosa natural que la obra de los artistas, la obra de los poetas, la obra de los eruditos era buena, debía respetarse, y sería preservada. Ahora no podemos dar por sentadas estas cosas. Ahora—y aún nos parece increíble que pueda ser así—ahora, digo, un acto de fe en la vida del espíritu humano como el que hacemos aquí hoy, un acto de respeto por la obra de los poetas y de los eruditos y de amor por todo cuanto ellos han hecho, no puede darse por supuesto: no puede dejarse hablar por sí mismo aún en una sala tan hermosa y tan elocuente como ésta. Es necesario que digamos lo que estamos haciendo y por qué lo estamos haciendo.

Yo por lo menos no me siento orgulloso de esta necesidad, ni me alegra que sea preciso hablar.

Lo que hacemos es esto: dedicamos aquí una sala y una sección de la Biblioteca del Congreso donde se preservarán, estudiarán y honrarán la literatura y la ciencia de aquellas otras repúblicas que comparten con la nuestra el nombre Americano; y que a la vez comparten con la nuestra las memorias de esperanza humana y de valor humano que este vocablo evoca—que evoca hoy más que nunca en la historia del hemisferio en que vivimos.

El por qué lo hacemos es también obvio. Lo hacemos puesto que esta literatura y esta ciencia son verdaderamente dignas del estudio más profundo, del cuidado más meticuloso, y de la veneración más grande; y puesto que ellas, mas que cualquiera otra literatura y más que cualquiera otra ciencia, nos ayudan en esta nación a entender el pasado americano, que es patrimonio común de todos nosotros.

Estamos comenzando a percibir, a medida que se esfuma el tranquilo sueño del Siglo Diecinueve y con él las teorías económicas y científicas que estaban llamadas a explicarlo todo—estamos comenzando a percibir, repito, que el hombre no fué nunca, ni lo podrá ser jamás, aquel ente filosófico que supusieron los pensadores de ese siglo—sino que por lo contrario el hombre es un ser que vive en esta tierra y que la tierra en que vive influye sobre su vida. Por espacio de cuatro siglos la América ha moldeado, ha influido y ha orientado de nuevo las vidas de los hombres que habitan en sus continentes. Pero aquellos de nosotros que hemos nacido en América y vivimos en ella no hemos entendido plenamente nuestras relaciones con estos continentes, ni lo que a ellos debemos, ni de qué manera nos han alterado y cambiado nuestros cuerpos y nuestras mentes.

No hemos podido entender estas cosas, puesto que para instruirnos y para interpretar el mundo en que vivimos casi siempre hemos apelado a la literatura y a la sabiduría de Europa. Aquellos que somos de origen latino hemos acudido a las literaturas de la Europa latinizada, y aquellos que somos de origen inglés, céltico, escandinavo y teutónico a las literaturas de la Europa septentrional. En ellas hemos descubierto ricos tesoros, gran sabiduría y alta enseñanza—pero raras veces una interpretación de nuestras vidas en términos de la tierra que habitamos. Aun el niño americano siente cierta extrañeza al leer los poemas europeos: las estaciones del año le parecen erradas, las primaveras demasiado tempranas o demasiado lentas, y las aves y animales distintos.

Esta es una situación extraña, que un hábito arraigado nos ha hecho aceptar como cosa natural. Nosotros hemos mirado por tanto tiempo a la América con ojos europeos que quizá no podríamos reconocerla si la contempláramos con nuestros propios ojos. Es indudable que por muchas generaciones seguiremos mirándola con esos mismos ojos. Nuestro patrimonio cultural es de origen europeo, y lo mismo que otros legatarios europeos en la misma moneda en que nos fué legado, lo que inevitablemente quiere decir que utilizamos esta moneda original para valorar nuestras vidas americanas. Pero aun cuando es inevitable que el rico caudal de nuestro pasado europeo imponga sus valores sobre nuestro presente americano, no es inevitable, y seguramente que tampoco es conveniente, que el rico caudal de nuestro pasado europeo venga a privarnos de los tesoros de nuestro propio pasado.

Desde los albores del siglo dieciséis se ha venido acumulando en estos continentes un caudal de memorias de la experiencia americana de suma importancia para todos aquellos interesados en comprender la tierra americana y la relación de esta tierra con los hombres que la habitan. Debido a que esta experiencia ha sido anotada en varios idiomas, y debido a que se halla acumulada en lugares dispersos—lugares tan lejanos unos de otros como Santiago de Chile y Bogotá, Buenos Aires y la ciudad de México, y Nueva Orleans y St. Louis y Quebec—debido, además, a que ha sido empañada por la constante importación de literatura y de ideas europeas—por todas estas razones las memorias de la experiencia americana no han ejercido en la vida común de las naciones de América la influencia que les corresponde. Ni tampoco han sido tan útiles como debieran serlo para la comprensión cabal de las Américas.

Otros hombres que conocen estos continentes mejor que yo—otros hombres que conocen estas memorias de la experiencia americana mucho mejor de lo que podré yo llegar a conocerlas—recordarán muchos casos en sus propias vidas en que las palabras de los hombres que vivieron en América antes que ellos han venido de repente a aclarar y a explicar asuntos que por largo tiempo habían deseado comprender. Pero aun yo, con mi vago conocimiento de estas cosas, he contraído una de esas deudas. Hace más o menos doce años que en una biblioteca de París me encontré con un ejemplar de la obra de Bernal Díaz, *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Al leer ésta viviente, aún humana, aún palpitante y creíble historia de México me pareció que comprendía por primera vez la experiencia transcendental americana—experiencia que es americana puesto que no puede ser otra cosa—la experiencia de todos aquellos que, no importa la lengua que hablen, son verdaderamente americanos—la experiencia de la jornada hacia el oeste partiendo desde el mar hasta la región desconocida y peligrosa tras de la cual se levanta la rica y hermosa ciudad con que sueñan los hombres.

En ese entonces traté de escribir un poema sobre esta comprensión. El argumento de mi poema comenzó así:

Of that world's conquest and the fortunate wars:
Of the great report and expectation of honor:
How in their youth they stretched sail: how fared they
Westward under the wind: by wave wandered:
Shoaled ship at the last at the ends of ocean:
How they were marching in the lands beyond:
Of the difficult ways there were and the winter's snow:
Of the city they found in the good lands: how there [lay in it:
How there was always the leaves and the days going...

Otros hombres dirán la misma cosa en otras palabras, y muchos de ellos la dirán mejor. Los historiadores nos relatarán cómo su estudio de los documentos y monumentos de México y del Perú presentó ante su imaginación la verdadera perspectiva de la civilización americana—civilización de la cual la primera fecha europea es la del año de 1523 en que se abrió en la ciudad de México una escuela para niños indígenas—y de la cual la primera fecha americana reposa hondamente sepultada bajo las aguas calizas de Yucatán y la tierra férrea de Guatemala. Los eruditos hablarán del año de 1539 en que el primer libro impreso en América vió la luz en la ciudad de México. Los amantes de la libertad humana recordarán el nombre de Carlos de Sigüenza y Góngora quien, en el año de 1691, cuando se ahorcaban las brujas en Salem, defendió con éxito ante los eclesiásticos de México su opinión de que el gran eclipse de ese año era un fenómeno natural. Ellos citarán en contra de los quemadores de brujas en todos los siglos y en todas las naciones sus nobles palabras: "Yo en este interim en estreno alegre y dandole a Dios gracias Repetidas por hauerme Consedido Ver lo que Susede en Vn Determinado lugar tan de Tarde en Tarde, y de que ay en los libros tan pocas ObSeruaciones, que estuue Con mi quadrante, y antoJo de larga Vistta contemplando al Sol."

Ninguna persona de los Estados Unidos podrá decir en verdad que conoce las Américas a menos que tenga un conocimiento de estas cosas—un conocimiento de este otro pasado americano, de este pasado americano más antiguo que comparte con el nuestro la inolvidable experiencia de la jornada hacia el Oeste y de la esperanza cifrada en él.

ARCHIBALD MACLEISH,
Director de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos

Referencia

En este momento, (abril de 1869) *ha encontrado* (Nietzche) *ya el libro (o mejor, a través de un libro, el educador y el hombre) que ha dejado en libertad lo que llevaba en sí de único y de irremplazable, que ha puesto fin a su pereza y a su miedo de ser él mismo y le ha hecho entrar por la vía dolorosa de la investigación filosófica. Un día, divisa en casa de un librero viejo* El mundo como voluntad y representación, *de Schopenhauer. Una especie de demonio interior le ordena: "Llévate ese libro".*

(H. Lefevbre. *Nietzche*. México, D. F., 1940).

¿Existe una literatura hispano-americana?

(Reproducimos del libro *Crítica y Arte* del insigne maestro colombiano el siguiente ensayo, suprimiéndole solamente algunos párrafos circunstanciales. —*Nota de E. E.*).

No es ésta, como lo parece, una pregunta ociosamente académica, de las que pueden relegarse al tercer plano para que las resuelvan por medio de fichas, celosamente colacionadas y puestas en orden, los eruditos del porvenir, si es que el porvenir no resuelve deshacerse cautelosamente de los servicios, hoy aparentemente indipensables, de esta incorruptible y tenaz especia. Importa saber si existe un literatura hispanoamericana, porque no hay todavía una historia de las actividades intelectuales susceptibles de quedar incluídas en ese dictado, y es absolutamente indipensable escribirla. No solamente importa saber si existe una literatura hispanoamericana; es necesario antes de resolver aquella duda entendernos sobre lo que podría significar ese distintivo. Si por literatura hispanoamericana se entiende "lo que grandes inteligencias de españoles y de hispanoamericanos han sentido, pensado y puesto en buena prosa y verso admirable en su lengua nativa", la historia de la literatura hispanoamericana debería comprender la obra de los escritores españoles no sólo de América sino también de España. Los historiadores de la literatura española, así peninsulares como extranjeros, han hecho caso omiso de las actividades literarias de la América española. El primero en mencionar nombres de americanos en su historia de la literatura española fue Jaime Fitzmaurice-Kelly, con un finísimo sentido de lo que significaba el aporte de esta parte del mundo a las letras españolas; pero el grande espíritu de aquel literato incomparable tenía por española la literatura de expresión castellana, fuese peninsular o de este continente. Su visión de la obra de Darío, de Silva, de Gutiérrez González, de Olmedo, del nicaragüense en especial, está circunscrita a las formas nuevas, a los sentimiento originales que aquellos ingenios aportaron o dejaron de aportar a la literatura de España. En obras de fecha posterior, aceptando el pensamiento de Fitzmaurice-Kelly, Cejador y Frauca, en un plan más vasto y de mediano logro, por lo que hace a la parte americana, quiso incluír las actividades literarias de este lado del Atlántico en su *Historia de la lengua y literatura castellana.* Los señores Hurtado y de la Serna, en una obra de mil cien páginas, usan del silencio premeditado y agresivo para negar la existencia de una literatura americana de origen español. En esa abundante y desmayada crónica de las letras castellanas, sus autores disponen de Rubén Darío y de su obra con estas nudosas frases: "Es interesante notar que lo más sólido y persistente de Rubén Darío es precisamente aquello en que sigue el fondo y la forma clásicos; sin duda porque su educación era clásica, por lo cual gustó y acertó a escribir hexámetros y puntámetros en castellano". La educación clásica de Rubén Darío hace sonreír. Sus complacencias con la antigua poesía española y con los metros clásicos fueron impulsos de su temprana madurez, nacido de la viva inquietud en busca de formas nuevas, de que daban testimonio en esa hora las letras francesas. El sentido de las frases citadas nos llevaría a suponer que para admirar a Darío es preciso tenerle por artista literario de temperamento español antiguo y de gusto clásico. Su mérito, al contrario, es el de innovador en su lengua, no mediante el estudio o la limitación de moldes españoles y antiguos, sino en obedecimiento a la fascinación que ejercieron sobre su espíritu los poetas franceses de ese bello momento de rebeldía.

Fuéra de Rubén Daro y de los escritores españoles como Juan de Castellanos, o naturales de Amércia, a la manera de Ruiz de Alarcón o Juana Inés de la Cruz, acomodados o nacidos en este continente antes de la independencia, sumergidos unos y otros en el denso ambiente español y amoldados por la forma y el sentido al gusto de la época, los señores Hurtado y de la Serna se complacen en ignorar la existencia de novelistas, críticos, historiadores y poetas americanos de lengua española.

No sería justo olvidar el empeño aparentemente cariñoso de Menéndez y Pelayo por darles a conocer a sus compatriotas la obra de algunos poetas americanos en sus prólogos a los varios tomos de la famosa antología. El insistía en decir que la obra literaria de los americanos de origen español era de forma, de índole y de pensamiento netamente español, y el dominio que este punto de partida ejercía sobre su espíritu le impulsaba a mirar como poetas mediocres a los que en verso patriótico execraban los hechos de España en la colonización y en las guerras de América.

....

La mayoría de los literatos españoles contemporáneos que aceptan la existencia de una literatura hispanoamericana no se dan el trabajo de enterarse, y algunos que se dan por enterados, creen haber aniquilado toda la vasta producción cuando se han convencido, por las reglas de Aristóteles, que Juan Montalvo es poca cosa; Isaacs, un débil reflejo de autores extranjeros; Sarmiento, escritor de pocas retóricas, y Tomás Carrasquilla, un novelista cuyas obras no están en castellano.

Es de lamentar que la primera tentativa de historia literaria hispanoamericana se deba a un extranjero. Con el título de *The Literary History of Spanish America*, el señor Alfred Coester, doctor en filosofía y socio de la "Hispanic Society of America", publicó hace algunos años una crónica de las letras americanas de lengua española, que empieza en el período colonial y termina con el hervor modernista. Parece que el señor Coester diera por sentado que existe una literatura hispanoamericana, no sin nexos con la española, pues el primer capítulo de su *Historia* da noticia de las obras de autores españoles nacidos en América o entretenidos aquí mismo durante la dominación de los peninsulares. Pero luego divide su libro en capítulos y hace la relación de obras y autores, bajo el epígrafe de cada nacionalidad. Esta división da a entender que en su concepto cada pueblo tiene su literatura especial, dominada por corrientes espirituales distintas; una sospecha que se afirma en el ánimo del lector al leer el último capítulo, donde bajo el encabezamiento cacofónico de *The Modernista Movement*, se hace el análisis de esa corriente literaria estado por estado.

Estos ejemplos sirven para mostrar la diversidad de respuestas dada a la indiscreta pregunta con que se abren estas consideraciones. Estudiando con la debida cautela la vida literaria de estos países no es posible llegar a la conclusión de que exista una literatura hispanoamericana. Los libros prominentes están escritos en una lengua común. No puede negarse que en ciertas épocas hubo estados de espíritu predominantes en toda la extensión del continente; las tradiciones españolas ejercieron influjo sobre los escritores muchas veces en contra de sus sentimientos; los modelos fueron también comunes, y en muchas de estas repúblicas se puede señalar el predominio de los maestros franceses sobre los españoles y la onda de simpatía provocadora de imitaciones que alzó el nombre de Byron, a principio del siglo, de un extremo a otro del continente libre. Pero, a pesar de estas semejanzas y de estas comunes orientaciones, de medio siglo a esta parte las corrientes europeas llegan a hora distinta y producen efectos de vario significado en los diversos países. Demás de esto, a causa de la incomunicación en que vivimos, las diferencias espirituales entre unos pueblos y otros se tornan cada vez más significantes. El lazo común de estos pueblos no es en rigor el idioma sino el viaje a Europa, la caravansera de París. Es en el viejo mundo donde los hispanoamericanos descubrimos el lazo que nos une espiritualmente. Son tan pocos, sin embargo, los que realizan ese viaje, aspiración continua de todo joven estudioso, y tan reducido el número de los que realizándolo hacen comercio de ideas y se apasionan por los estudios comparativos, que esas horas de compañerismo en Europa no dejan verdaderas huellas de sentimiento, de solidaridad, sino en contados transeúntes. Y aun muchos de estos últimos, al volver a sus naturales frecuentaciones, se olvidan paulatinamente de que son americanos para cultivar sus nacionalismos, algunas veces en formas demasiado estrechas.

De otro lado, es verdad adquirida en el estudio comparativo de las literatuas que toda obra de mérito universal debe tener hondas raíces en el ambiente físico, en la patria espiritual del autor. No hay ejemplo de producción artística de verdadera intensidad que escape al rigor de este postulado. De donde es fuerza concluir que siendo tan distintos unos de otros los escenarios en que hoy se mueven los talentos literarios de Méjico a la Argentina, al paso que las diferencias, en vez de allanarse, tienden a adquirir mayor relieve, no es posible encerrar en un solo cuadro toda la vida intelectual de estos países. Dijo Goethe que para

entender a un poeta es preciso conocer la tierra de su nacimiento. La sentencia, un tanto exagerada, contiene gran fondo de verdad. A los hombres de letras hispanoamericanos les falta ese conocimiento para llegar al verdadero sentido de la producción literaria del continente. Si nos falta la condición esencial para entender la obra de nuestros vecinos y dejarnos influir por ella, es obvio que la sensibilidad artística varía de grado, tal vez de esencia, de un país a otro, y en tales condiciones la historia de la expresión literaria de sus ideas y sentimiento no puede ser común.

El medio político, el ambiente físico y moral y una aptitud especial en cada pueblo para sentir y gustar de la vida ahondan cada día las diferencias entre las literaturas de los pueblos americanos. A esto se añade que en Méjico se leen apenas libros argentinos o colombianos, fuera de un círculo de mandarines de las letras, y que en Bogotá sólo conocemos tal cual poeta de las otras repúblicas, y eso por la intervención de los diarios, no porque circulen los libros. Precisa haber vivido años en un país de habla castellana distinto de la patria para percibir cómo existen y van creciendo las diferencias de que hablo.

....

....

Los caracteres distintivos de la literatura argentina y de la colombiana son visibles en la obra de los autores en cada país, y cuando se ha adquirido familiaridad con unos y otros, es fácil adivinar, sin conocer al autor, la procedencia del libro.

Estas graves diferencias, a pesar del idioma, a pesar de la tradición española y de los modelos y el gusto franceses, van creciendo con el tiempo, y más aún, con la separación. Se ha dicho que la prensa salva este abismo entre los pueblos de una misma lengua. No hay esperanza más falaz. Para que la prensa lograse igualar los gustos de Bogotá a Buenos Aires, o suavizar las diferencias en el modo de apreciar las relaciones humanas, sería preciso que *El Tiempo* tuviese en Buenos Aires tantos lectores como *La Nación* y que este diario fuese tan leído en Bogotá como lo es aquí. Por desgracia estos órganos de la opinión, que ejercen sin duda vivas influencias en la política interamericana apenas tienen fuerza difusiva literaria más allá de las fronteras del país donde se editan, y, aunque circulan en todo el continente, su acción está limitada a los círculos periodísticos y a los cenáculos literarios.

La obra de igualación de tendencias y ampliación del gusto, en beneficio de todos, podría hacerla el libro excelente, cuya circulación es más extensa por el carácter de perennidad que tiene en comparación con el diario... Desgraciadamente, hay pocas obras de este género. El día en que las haya, y gobiernos menos obtusos de los que hemos sufrido en cincuenta años se preocupen de hacerlas circular profusamente, por medio de canjes, de obsequios a escuelas, colegios y universidades, estimulando la crítica internacional y ofreciendo becas en las universidades a alumnos de las otras repúblicas, se habrá conjurado el peligro de la distanciación intelectual absoluta. Mas, si seguimos en esta actitud de indiferencia, en día no muy lejano la literatura de Chile, aunque escrita en la misma lengua que la nuestra, llegará a sernos tan extraña como la de Holanda o el Canadá.

B. SANÍN CANO

Libro inédito

(Para el *Rep. Amer.*)

Rara vez encontramos un lirismo de tan grata orquestación, como el gustado al leer la monografía inédita de *Edmundo Velásquez*, "Panegírico de unas Manos", escrita hace dieciseis años, según fecha que lleva la obra.

Su autor, hábil en el manejo del verso, comprendiendo que el motivo por él elegido le resultaría estrecho dentro de los moldes que las reglas poéticas nos ofrecen, y no obstante haber podido desarrollarlo en una serie de sonetos, —forma por él usada con maestría— o valerse de otro de los diferentes moldes empleados en el verso, prefirió escribir su poema en prosa.

Sin intención preconcebida del autor de hacer prosa rimada, pero acostumbrado al manejo del verso y debido a la acertada combinación de sílabas, voces y cláusulas, se percibe en él una sutil musicalidad que lo hace grato al oído, así como el buen uso de la adjetivación le dá toques de color propios únicamente del que conoce la técnica de su arte.

Cuando *Velásquez* le canta a las féminas manos, pareciera que las suyas hubiesen sido de mujer, —para la cuotidiana observación— imaginándonoslo así por el acierto descriptivo que de ellas hace, como también por la observancia de las de niños y moribundos, y en donde la psicoanálisis es la fuerza determinante, emotiva, de su obra.

Admirado por mí únicamente, el poema que el autor me confió para su lectura, seguirá como antes imponderado, desconocido, entre sus otras producciones inéditas. Dádiva propicia, para espíritus suprasensibles, sería el advenimiento de aquellas letanías eróticas, y de las que van surgiendo como multiformes flores de límpida sangre, manos patricias; abaciales de ensoñación; simbólicas manos maternas; manos principescas de mujer "encontradas alguna vez en el sueño o en la vida"; filiales y fraternas de adolescente; falaces manos inexpresivas; afiladas, casi exangües de moribundo; próbidas manos, hoy ya raras en el diario entregarse.

PEDRO JULIO MENDOZA BRUCE
(Colombiano)

San José, C. R., setiembre 2 de 1940.

Un castellano leal

(De *La Prensa Libre*. San José, Costa Rica, 2-IX-40).

Contra un traidor un castellano leal.

El hilo de hierro que enhebró las naciones, ya en el crepúsculo de la Edad Media, se forjó del metal de las dinastías. Tal es la razón por qué los historiadores ovillaron su narración en torno de las casas reales. Sólo cuando en el siglo diecinueve comenzaron a escribirse las historias de los descubrimientos, de las invenciones, de las industrias, de las ciencias, de las artes, de la filosofía, de las revoluciones de las ideas, de las religiones, se comprendió que era posible concebir una historia de la Civilización con independencia de las dinastías y de los monarcas.

Por las casa de Habsburgo y por la casa de Valois cientos de millares de soldados se batieron con el mismo ardor en los campos de Europa que los cruzados por el Santo Sepulcro en Tierra Santa.

Felizmente para Francia y para España la unidad nacional, al abrirse el siglo XVI, no exigió cruentas guerras. No así la infortunada Italia. Porque firmes en Nápoles y Sicilia estuvieron los españoles, y seguros en su posesión de Milán parecían estar los franceses. No podía existir el equilibrio en Italia mientras potencias extranjeras se empeñasen en mantener su especial predominio sobre la Península, en donde, desde Dante, había aspiraciones hacia la unidad de una Italia independiente. De allí que por tan largo tiempo haya sido Italia hasta 1870, crónico campo de ambiciones y de batallas contra extraños invasores.

Inglaterra y España hicieron alianza contra Francia. Mas estos aliados esperaban auxilio venido del mismo corazón de Francia, del rencoroso Conde Carlos de Montpensier, por matrimonio con Susana, hija de la Duquesa de Borbón, Duque de Borbón, Condestable de Francia. A la muerte de su esposa feudos suyos fueron reclamados por el Rey y por la reina madre. Comprendió el Duque la inutilidad de un litigio ante el Parlamento de París. Resolvió ligarse con los enemigos de Francia, Enrique VIII y Carlos V.

Solo, con su nombre y con su espada, pasó los Pirineos. Soldados le dió el Emperador, soldados vencedores en Italia, con los cuales había de invadir a Francia. Vicisitudes de la campaña lo devolvieron a Italia. Francisco I había puesto sitio a Pavía, defendida por el gentil hombre Antonio de Leyva. De frente atacó el Duque de Borbón con sus bravos veteranos españoles; por la retaguardia atacó la guarnición de Leyva; huyó el Duque de Alencon; la artillería de los franceses fué ineficaz. La derrota de Francisco fué completa. El Rey mismo cayó prisionero, y muertos sus principales comandantes. Los arcabuces españoles habían triunfado de las picas de los suizos. El Duque de Borbón se vengaba de su natural señor.

Francisco I vino prisionero a Madrid. Por su galardón regresó a España el traidor Condestable de Francia. Quiso en Toledo aposentarse en el palacio del Conde de Benavente. El limpio y orgulloso Conde lo rechazó. El Emperador lo hizo venir a su presencia, porque ha dicho: "no profane mi palacio—un fementido traidor,—que contra su rey combate—y que a su patria vendió... soy Conde de Benavente,—si él es Duque de Borbón. Llevándole la ventaja—que nunca jamás manchó—la traición mi noble sangre,—y haber nacido español".

Al Emperador responde que obedecerá, porque a Su Majestad pertenecen su vida y hacienda; pero no su honor. Las llamas del fuego devorarán su alcázar; así quedarán purificadas sus paredes y sus puertas.

Y ardió el palacio el mismo día que el Duque de Borbón partió.

Conde de Benavente, limpio, altivo Conde, los muros de tu palacio ya no humean!

Magnánimo Conde de Benavente, sé misericordioso con los otros Benaventes!

R. BRENES MESÉN

Siguen otros testimonios

El castellano paralítico de la Academia, corresponde a la España fanática y absolutista, "nuestra madrastra", como decía con tanta propiedad Sarmiento; y en eso, como en todo lo demás, sólo le debemos atraso y desolación.

Estamos, así, tan separados de ella, como ella misma del espíritu que animó a los primeros conquistadores. Lo que nosotros restauramos y seguimos restaurando es la civilización por ella perdida; de manera que todo esfuerzo por vinculación a su decadencia, nos perjudica como una negación de aquel fenómeno. Es ella quien tiene que venir a nosotros, la raza nueva, "la hija más hermosa que su hermosa madre", pero sin ningún propósito de influir sobre nuestro espíritu, más fuerte y más libre que el suyo. América no será jamás una nueva España. Podría derramarse en ella toda la población de la Península, sin que por esto se modificara su entidad. El espíritu, esa fuerza que, contrariada, produjo la decadencia de la España fanática y absolutista, está inexorablemente separado.

(Leopoldo Lugones. *El Payador*, 1916).

Nunca parten de acá estas iniciativas de protección deprimente. Acá, por el contrario, sólo tenemos para España— y hasta el exceso—manifestaciones de simpatía y consideración. El vano sueño imperial, el recuerdo indiano, la carraspera conquistadora, son equivocaciones peninsulares. España no puede encabezar ningún imperio porque no es potencia en ningún dominio material ni espiritual. El sol del famoso dicho, se puso acá en 1810. Y sobre su eclipse total y definitivo, salió en el campo del escudo y de la historia el otro, el nuestro, el argentino, el del triunfo y la libertad con que sancionamos para siempre jamás nuestra independencia "de España y de toda dominación extranjera".

(Leopoldo Lugones. *Los indólatras*, en *La Vida Literaria* de Buenos Aires. Octubre, 1928 a propósito de un artículo de J. M. Salaverria).

La grande obra acometida con tanta gloria por el general San Martín en la emancipación de la América del Sur, quedará reducida a un mero accidente histórico que la reconquista cuidará de borrar de sus anales.

(Domingo Faustino Sarmiento. *Obras Completas*. Tomo XXXIV. Página 129. Valparaíso, Mayo 1, 1864, con motivo de la ocupación de Chincha).

El día de América, que todos los argentinos y los americanos deberíamos celebrar como fiesta exclusivamente continental, ha venido a convertirse en virtud de una maniobra equívoca en el equívoco día de la Raza. Es un caso de entropia de ideales o de degradación del más enérgico símbolo de la soberanía

(Ezequiel Martínez Estrada. *Doce de Octubre*. En *La Vida Literaria* de Buenos Aires. Octubre 1930).

Madrid no ha poseído jamás una cultura creadora. A fuer de capital de Estado, se ha ido, claro está, cultivando; es decir, ha aprendido del extranjero un mínimun de cosas malamente asimiladas. Esta cultura adquirida—y no creada en abundancia de hontanar—esta cisterna de cultura, le viene muy justa a Madrid para sus necesidades de urbe para sostener la estricta dignidad de una capital. Pensar en que haya podido nunca irradiar su espíritu es bobería.

(José Ortega y Gasset. *La Redención de las Provincias*. Página 82).

La larga lucha de principios que se debate hace años en Europa, escogiendo hoy un palenque para la pelea, mañana otro, puede ser considerada por los políticos como una cuestión de forma de gobierno pasajera, y como efecto de esa rotación periódica a que los sucesos del mundo están sujetos. Pero a los ojos del filósofo observador es más honda la explicación de los fenómenos políticos; no son meras cuestiones de derecho natural y de gentes; son las convulsiones de la agonía de una civilización usada y espirante, que debe desaparecer como las que le han precedido. Es la resistencia de los intereses y las costumbres de un gran período defendiendo el terreno que poseyeron, contra la grande innovación, contra la invasión de un progreso inmenso, de un trastorno radical. La Europa representante y defensora de esa civilización está destinada a perecer con ella, y a ceder la primacía en un plazo acaso no muy remoto a un mundo nuevo, sacado de las aguas por una mano atrevida hace tres siglos, y cuya misión es reemplazar un gran principio por otro gran principio; a un nuevo mundo que aparece también agitado por convulsiones, pero en el cual no son éstos los síntomas de anonadamiento, sino los peligros y la inquietud de la infancia.

(Larra. *Obras*. III).

El latifundio significa la supervivencia del feudalismo agrario de España. Es decir, seguimos bordeando, sin intento veraz de resolverlo, el más primario de los problemas. Es decir, que en el segundo tercio de este siglo, el sudamericano no ha tomado aún posesión cabal de la tierra que pisa.

(Luis Franco. *América Inicial*).

A los tradicionalistas convendría recordarles lo que tantas veces se ha dicho contra ellos:

Primero. Que si la historia es, como el tiempo, irreversible, no hay manera de restaurar lo pasado.

Segundo, que si hay algo en la historia fuera del tiempo, valores eternos eso, qué no ha pasado, tampoco puede restaurarse.

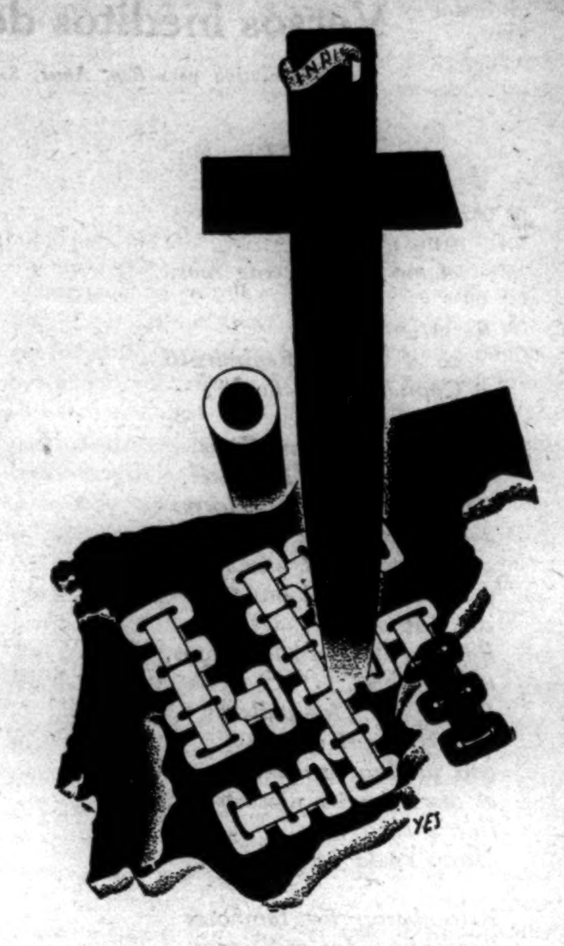
Tercero. Que si aquellos polvos trajeron estos lodos, no se puede condenar el presente y absolver el pasado.

Cuarto. Que si tornásemos a aquellos polvos volveríamos a estos lodos.

Quinto. Que todo reaccionarismo consecuente termina en la caverna o en una edad de oro, en la cual sólo, y a medias, creía Juan Jacobo Rousseau.

(Antonio Machado. *Juan de Mairena*).

¡Oh cuánto, cuánto se ha abusado en materia de hispanoamericanismo militante! Se ha abusado de la Historia abominando de la emancipación y asegurando que América sueña con entregarse otra vez en brazos de España. Se ha abusado de la Geografía, insistiendo—para sacar no sé qué consecuencias vergonzosas—en la fragosidad de las sierras americanas, en el fuego tropical, en los ardientes volcanes, en las selvas vírgenes, la hamaca y el abanico de palma. Se ha abusado de la Zoología con todo



Programa militar-fascista "Por una España grande..., libre de la civilización democrática".

(Madrid. 1937).

aquello del león y de los cachorros, y con lo del consabido Pelícano que se arranca las entrañas para alimentar a su cría. Se ha abusado de la Fisiología, acudiendo una y otra vez a la imagen de la madre que agota sus senos amamantando al hijo, o preguntándose, como en cierta canción de Pastora Imperio, si la sangre que corre por nuestras venas será la de Carmen la Cigarrera. Se ha abusado de la Filología, repitiendo con el poeta: —"Entre tus dones heredé tu lengua,—y nunca la usaré para insultarte",—siendo así que la comunidad de la lengua es condición propicia al insulto y que, en efecto, durante el siglo XIX, España y América han mantenido una activa y solícita correspondencia de insultos, como es doloroso reconocer. Se ha abusado de la Biblia, diciendo que América es el Hijo Pródigo, o que España es la misma encarnación del Eclesiastés. Se ha abusado de la Ilíada, asegurando que Hernán Cortés era un simple "Héctor matador de hombres" y Moctezuma un "Agamemnón que manda en lejanas tierras..." Y no se ha dicho a todo esto, lo único que había que decir: que América es muy distinta de España, pero que es en la tierra lo que más se parece a España; que donde todos hablan ya en francés o en inglés, sólo nosotros nos hemos quedado hablando español.

Alfonso Reyes, *Los dos caminos*.

No se trata de una fraternidad de sangre. Por mi parte, os aseguro que jamás he sentido en esa forma mi afección por América. Al contrario: la raza, como motivo de unión entre pueblos, me parece un resto atávico de barbarie, una solidaridad de lucha contra las razas ajenas; un aspecto de xenofobia, análogo al que suele desvirtuar en casi todos los países el nombre mismo de patria, convirtiéndolo en pasión

(Pasa a la pág. 365)

Versos inéditos de Carlos Luis Sáenz

(Colaboración para *Rep. Amer.* San José, Costa Rica, octubre de 1940).

ALBERTI

Alberti,
fino y fuerte,
álamo en la verde mar.

Rafael,
en el Quinto Regimiento
Capitán de su laurel.

Clarineaban las mañanas
llamando a lo segadores,
llamando a los viñadores,
a los pastores, al prado,
a los marinos al mar,
y al sol sobre el olivar;
con los albores, despierto,
Rafael Alberti en los trigos,
en las viñas,
Rafael entre los pastores,
Alberti en el olivar;
con sus cantos mañaneros
al mar, con los marineros...
fino y fuerte,
álamo en la verde mar.

Retumbaron los tambores
llamando a los milicianos,
llamando a las milicianas,
a todo el pueblo, a guerrear:
los aviadores, al cielo,
las almas a la lealtad.
Alerta, con los tambores,
Rafael Alberti en Madrid,
en la Sierra,
Rafael en la trinchera
alzando su alta bandera;
Alberti a su España fiel,
en el Quinto Regimiento
Capitán de su laurel.

¿Dónde ahora,
firme capitán de aurora
mi voz te sabrá encontrar
para enlazarse a tu voz marinera?



Fed. García Lorca

(Visto por *Arteche*).

¡En tu mar,
allá en tu mar,
álamo en la verda mar!

¡En tu España,
la que nunca pasará,
en el Quinto Regimiento Universal,
Capitán,
firme y fiel
renovando tu laurel!

LLANTO POR FEDERICO GARCIA LORCA

...y le aconsejaron
que no se fuese...
Lope, *El Caballero de Olmedo.*

Que de noche le mataron,
a filo de madrugada;
A Federico García
Lorca, flor de Granada,
gala de España!

En Granada, en la noche,
noche de muerte,
sangre de sus estrellas
lloran las fuentes...
¡Que le mataron de noche,
a filo de madrugada!

La noche de su sangre
por siempre canta
el lloro de las fuentes
de toda España.
Federico García Lorca,
gala de la poesía,
flor de Granada!

*

Dos Sonetos y una Canción

A *Jorge Carrera Andrade*, en agradecimiento de su *País Secreto.*

PUENTE DE LA MAÑANA

El puente de la mañana
con las tres vacas,
con las seis ocas
en sus aguas.

Las vacas no lo pasan;
en medio del puente paradas.

Las seis ocas con sus colas
abanican la mañana.

Por su gran ojo de piedra
sueña aún su luna blanca
con los jardines de brisas
de la noche azul y alta.



Rafael Alberti

HIERBA

¡Oh prodigiosa vida—raíces, savias,
olorosas estrellas, voladoras
simientes, estructuras y matices,
zarcillos, vellos, cesta de la aurora,
suaves roces, heridas, y sabores,
en barrancas, en grietas, en las eras,
diminuta creación de los primores
en los dechados de las primaveras;
casa del grillo, barba de los montes,
cuna del buey, verdor del horizonte,
greca fiel de la senda enternecida,
paz de los cementerios, verde y fina,
decoro milagroso de la ruina,
hija del sol, oh prodigiosa vida!

RIVAL

Canario de agua de oro y de amarillo
trinar que alegra el aire de la alcoba.

El pajarillo canta y su sencillo
recurso musical, que, artista, adoba
con la gracia pueril del estribillo,
lo hace feliz rival, que así me roba
el íntimo deleite en que me humillo,
galán de rosas de la Niña Boba.

Para él son las dulzuras anhelantes,
el alma puesta al musical tesoro
como una copa de cristal vibrante.

Con falso elogio a tu arte meritorio
quiero robar tu triunfo perentorio,
feliz rival, canario de agua de oro.



(Dibujo de *M. de Unamuno*)

Acerca del proyecto de Universidad

Conferencia del Dr. Solón Núñez

(Dicha en la Escuela de Derecho el 25 de abril de 1940, a solicitud de la Asociación Cultural de los Estudiantes de Derecho.—Colaboración para *Rep. Amer*).

Las palabras iniciales de Thomas Mann, en el gran anfiteatro de Los Angeles, con ocasión de la brillante cruzada que él llamó *The Coming Victory of Democracy*, fueron éstas: "Hablar de democracia en los Estados Unidos es como llevar lechuzas a Atenas". Esta ave, símbolo de prudencia y de reflexión, abundaba en Grecia. Llevar lechuzas a Atenas es también que me dirija a quienes, por estar mejor informados, todo lo que yo diga ha de ser obligadamente superfluo. Pero yo no podía declinar el generoso convite de este grupo de muchachos que forman la Asociación cultural de estudiantes de Derecho, cuya inquietud frente a problemas nacionales e internacionales comienza a derretir la recia capa de hielo que nos cobija.

¿Cuál espíritu no se siente subyugado al meditar en las altas finalidades de la Universidad: cultivar y difundir las ciencias, las letras y las artes; preparar para el ejercicio de las profesiones liberales; dilucidar con criterio independiente los problemas que afectan la vida económica, política y moral de la sociedad?

¿Cuál espíritu no se siente subyugado al pensar que el organismo que así viniera a la vida fuera un organismo autónomo con todos los privilegios que el término entraña, autonomía económica, política e intelectual?

Mas asalta a la mente esta interrogación: ¿han desaparecido los motivos que llevaron a don Mauro Fernández en 1885 a borrar el esbozo de Universidad existente y a defender y ratificar su actitud hace sólo 35 años o existen todavía, quizá atenuados unos, exaltados otros, y acrecido el cortejo con circunstancias propias del momento nacional e internacional que vivimos?

¿Ha sonado la hora propicia para que el gobierno se desprenda de los millones que en la actualidad invierte en educación más de los que la vida eficiente y decorosa de la Universidad exige?

¿Ha sonado la hora de que los gobiernos rebanen su fuerza y su zona de influencia política cediendo a una organización autónoma buena parte de ellas?

¿Ha llegado la hora de discutir las más encontradas teorías de gobierno y de credos filosóficos sin provocar protestas ni suspicacias? Porque cada tema tendrá siempre defensores y adversarios y es necesario que así sea. ¿Cómo se puede tener un concepto claro de la superioridad de la democracia si no es comparándola con el fascismo o nazismo y el comunismo?

"Los estudiantes de Harvard, dice su Rector Bryant, estudian y comentan a Carl Marx y yo mismo, agrega, no tendría inconveniente en invocar argumentos favorables a la monarquía en los Estados Unidos".

Universidad... Mientras unos piensan en un edificio gigantesco con su sala magna y en sus frisos los bustos de la tradición científica, literaria y filosófica del mundo; otros en la creación de nuevas facultades, y los más prácticos en la venta del terreno en donde ha de ubicarse y en las futuras contrataciones, meditemos nosotros en los hombres que habrían de darle fisonomía, significación y prestigio. Escuela no es el edificio; escuela es el espíritu que se agita en sus entrañas. De los laboratorios de mármol finísimo, con sus mesas de metal argentado que cien lámparas alumbran más que el sol, no ha salido un descu-



brimiento comparable al que asombró al mundo brotado de una casucha de paredes ennegrecidas por el tiempo, olorosa a humedad y apenas alumbrada por mechones de gas, allá en París en la calle de Ulm. La fisiología nació en una casa humildísima; sólo que su inquilino se llamaba Claudio Bernard.

Hay crisis de profesores: en la escuela elemental abundan aún los maestros agregados. Las escuelas complementarias que eran organismos útiles fracasaron por falta de personal; el profesorado de las escuelas de segunda enseñanza lo forman elementos abnegados, unos con muy buena preparación, otros ascendidos al rango de profesores sin haber evaporado aún de su cuerpo el sudor de las prácticas de bachillerato. En las facultades, se me dice, ocurre lo mismo. ¿De cuáles elementos se nutriría, pues, la universidad?

He conocido profesores brillantes caídos pronto en la categoría de mediocres por falta de estímulo económico que les permita vivir con su familia una vida decente, quedando obligados a compartir la cátedra con las más encontradas ocupaciones.

Pienso que la Universidad es el pináculo de un proceso integral de cultura y no su basamento. Creo que los fondos de la comunidad no deben distraerse ni en obras materiales de lujo mientras el mínimum vital de los ciudadanos no esté satisfecho, ni en obras de educación exquisita mientras la gran masa no haya recibido el minimum de cultura.

¿Están nuestras escuelas listas para dar su contingente a la Universidad? De las escuelas que funcionaron en 1937, el 83 por ciento fueron rurales. De donde se infiere que nuestra enseñanza nacional es la impartida por la escuela rural, o en otros términos, que el índice de cultura de la república nos lo da el campo. Nos engañamos a nosotros mismos cuando ofrecemos como exponente de cultura el de las ciudades que, diluido en la total, representa un modestísimo porcentaje.

De estas escuelas, 112 llevaron sus alumnos hasta el sexto grado; 68 hasta el tercero y 465 al segundo solamente. En otros términos, mientras el 17 por ciento de las escuelas tuvo el sexto grado, el 72 por ciento sólo comprendió primero y segundo; el resto se lo reparten escuelas donde hay tercero, cuarto o quinto grados. Como las conclusiones se basan en las mayorías, podemos concluir que la República está en segundo grado. Tomando siempre el año de 1937 para hacer proporciones, observamos que de un promedio de 55,000 alumnos, 36,000 hacen los dos primeros grados; 17,242 tercero, cuarto o quinto y solamente 1,725 terminan su enseñanza primaria.

No he logrado el dato, a pesar de haberlo solicitado insistentemente, acerca de cuántos niños en edad escolar no vienen jamás a la escuela, es decir, cuál es la cifra de nuestro analfabetismo absoluto en la actualidad; pero ese analfabetismo, de acuerdo con el último censo, era de 32 por ciento sobre la población general y de 23 por ciento sobre la población en edad escolar.

A la severidad de este dato de analfabetismo absoluto hay que agregar el que podría llamarse de analfabetismo relativo, representando por los millares de niños que hacen sólo los dos primeros grados y cuya ignorancia, dos años después de salidos de la escuela, es tan absoluta como si jamás hubieran pasado por ella. Es la realidad de las cosas. Miles y miles de niños ayer, son hombres hoy sin aspiraciones, sin conciencia cívica y sin ideales, sin maneras, sin la más modesta ansia cultural.

Puede pensarse que es justamente una de las funciones superiores de la universidad difundir y ahondar la cultura. Desgraciadamente esa no es la experiencia del mundo. El analfabetismo en Costa Rica, con ser muy alto, lo es menos que en otros muchos países de América cuyas universidades cuentan su existencia por centurias; y allá en Europa, al establecerse la República Española, encontraron sus dirigentes once millones de analfabetas en 21 millones de habitantes y la Universidad de Salamanca fue fundada en 1230.

La Universidad es un fanal, pero un fanal cuya luz se pierde si una mayoría sensible, como una placa fotográfica, no recepta sus rayos.

Pero ¿cuántos jóvenes que han terminado la enseñanza primaria ingresan a los establecimientos de segunda enseñanza? Entiendo que un 2 por ciento. Unas se quedaron en el camino porque la escuela no desarrolló en ellos anhelos de superación; otros porque las necesidades domésticas los detienen en el hogar; otros porque encontraron cerradas las puertas cuyo franqueo exigía el pago de derechos.

Durante mucho tiempo, posiblemente desde su fundación, como una espada pendiente de un cabello se cernía cada año la amenaza de que la segunda enseñanza sería suprimida.

Cuánto sufrió mi espíritu de estudiante pobre con aquellas malévolas intenciones. Nadie hablará más de ello sin cometer tamaña irreverencia. La enseñanza secundaria debe ser absolutamente gratuita. Uno de los bastiones que sustentan la ideología democrática es la igualdad de oportunidades y la oportunidad para educarse es la suprema oportunidad. La discusión sobre la gratuidad de la segunda enseñanza tiene su origen en un concepto equivocado de sus finalidades; se ha desvinculado la segunda enseñanza de la

primera siendo tan sólo su continuación natural y obligada. Donde hay sexto grado la gratuidad y obligatoriedad deberán extenderse hasta él y donde hay segunda enseñanza, allí debe llegar la gratuidad y obligatoriedad y cuando andando el tiempo la Universidad abra sus puertas, la gratuidad la acompañará, no ya la obligatoriedad, sin otra restricción que la incapacidad mental y moral de quien solicite el ingreso.

La amenaza se cierne de cuando en cuando sobre la Escuela de Derecho pidiendo su clausura o la limitación de estudiantes. Lo curioso es que muchas veces he visto que son los jóvenes recientemente egresados que figuran como miembros de directiva de la escuela, quienes tales restricciones piden.

Jefferson hace siglo y medio hablaba de la necesidad de escoger en cada grupo humano la natural aristocracia del talento y de las virtudes y de prepararla por la educación con fondos del Estado para el cuidado de los negocios públicos.

La escuela del primero al undécimo grado no es, no debe ser utilitaria ni vocacional. Las gentes le piden a la escuela un practicismo que ella no debe tener. Hace algunos días leí en la prensa que el Liceo tenía organizados talleres de confección de algunas cosas como si se tratara de una escuela industrial. Yo sé bien que su director, que es un graduado del Instituto Pedagógico de Santiago de Chile, a quien conozco y estimo mucho, no puede estar de acuerdo con tal sesgo, pero hay que ponerse a tono con las exigencias del público que pide enseñanza práctica.

Cuando la segunda enseñanza sea considerada como simple prolongación de la primera y el título que expida en vez del rumboso de Bachiller en Humanidades, sea el de terminación de estudios, los egresados no le volverán la espalda a la agricultura, a la industria, al taller, al comercio ni a las modestas posiciones, que es aparentemente el temor de quienes ayer pedían la supresión y hoy discuten su gratuidad.

¿Quién no ha oído decir: de qué nos sirvieron los esfuerzos que hicimos para aprender la raíz cúbica si jamás hemos tenido ocasión de aplicarla? Esta sola frase refleja cuán extraviados andan hombres muy distinguidos—inclusive antiguos ministros de educación—respecto a los fines de la enseñanza primaria y secundaria.

El propósito de la escuela es dar a las juventudes capacidad para interpretar, adaptarse y vivir el instante material y espiritual que la humanidad vive en un momento dado de su historia; es también el de preparar a los hombres para que sigan aprendiendo. Se puede ser universitario sin haber estado jamás en una universidad y dejar de serlo si en los claustros quedaron olvidados los arrestos de progreso y perfeccionamiento. Y ese afán de aprender sólo debe terminar con la vida.

Un profesor de Psicología, Mc. Keeve, tiene una escuela que él llama de *Maduros*, en Oklahoma. "El mayor de mis muchachos, dice, tiene ciento once años y la mayor de las *girls*, ciento dos. Hay 40 alumnas en los noventas y 300 en los ochentas".

Mi idea sobre la educación, dice el presidente de la Universidad de Chicago, es agitar las mentes, inflamar las inteligencias, sacudir las voluntades.

Es indispensable la Universidad para afianzar la democracia, se dice todos los días. Así debe ser. Pero ¿qué es democracia? En época de elecciones la palabra democracia rueda de uno a otro confín de la República. Durante la celebración de las fiestas nacionales la palabra democracia juguetea en la garganta de los oradores. Democracia, palabra grave de cuatro sílabas con vocales llenas, constituye un recursos precioso para rematar una sentencia. Los aplausos del auditorio se inician desde que el orador va por la segunda sílaba.

Hace un tiempo la prensa comentó como acto de la más pura democracia que el señor Presidente Cortés visitara en su lecho de enfermo al ilustre ex-Presidente don Cleto González Víquez. Por la misma época se extinguía en Washington el magistrado Cardozo. El Presidente Roosevelt y su señora lo visitaban con frecuencia. A nadie se le ocurrió llamar democracia a aquel acto de cortesía y de reconocimiento. Tampoco la popularidad es siempre signo de democracia. Los más sombríos dictadores de América sentían singular placer en alternar con lo que solemos llamar pueblo. En cambio, tuvo la Argentina un Presidente huraño que huyéndole siempre al pueblo, fue de los gobernantes que más hicieron por su decoro y bienestar.

El concepto de democracia requiere no sólo explicación sino también también reajuste. Algunas monarquías se acercan más al ideario democrático que muchas repúblicas. El concepto griego de democracia no tiene sentido a la luz de nuestro siglo. Ni siquiera la bella concepción de Lincoln en su notable discurso de cinco minutos en el camposanto de Gettisburg calza con el criterio actualísimo de democracia.

Hemos señalado como sustentáculo de la ideología democrática la igualdad de oportunidades y dijimos que la de educarse es la suprema oportunidad. Cuando el Estado educa, beneficia al educando, ciertamente, y a su familia, pero es el Estado el primer beneficiario. La educación amplia de un país cuesta mucho al Estado pero más le cuesta su ignorancia. No se puede hablar de gobiernos del pueblo cuando sólo un reducido número de ciudadanos—una *élite*—formada al amparo del capital, de influencias político-sociales, de leyes casuísticas o de sacrificios casi incompatibles con la vida, alcanzan la escuela, el colegio o las facultades; cuando el 72% de la población escolar sólo hace los primeros dos grados de la escuela quedando de hecho descartado de toda participación en la función pública; cuando sólo un dos por ciento traspasa los umbrales de la segunda enseñanza y una fracción pequeñísima obtiene educación superior. No se puede hablar de gobiernos por el pueblo cuando sólo un reducido número de ciudadanos tiene conciencia de sus deberes cívicos, conciencia que sólo la puede desarrollar un alto grado de escolaridad. Yo sé bien que modestos obreros y campesinos respetan más sus convicciones que muchos presuntuosos togados, mas éste es un fenómeno cuya explicación no cabe en el marco de esta conferencia. El voto secreto tan elogiado como sistema democrático de elección, sólo lo es frente a una ciudadanía despejada. El voto obligatorio venido a nuestra legislación sin una protesta, es un golpe certero dado a nuestra incipiente democracia.

Finalmente, no se puede hablar de gobiernos para el pueblo mientras la ciudadanía ignore cuál es su posición frente a los individuos en cuyas manos ha puesto la custodia de sus intereses; mientras ignore que todo ciudadano vale tanto como el Presidente de la República y todos juntos, más que él; mientras ignore que el gobierno es el servidor del pueblo y no su amo; mientras ignore que sus derechos son algo más que los de reunirse libremente; que los de transitar sin tropiezos; que los de escribir y decir lo que piensa, que los de que se respete su hacienda y su vida; mientras ignore los derechos que asisten al ciudadano de pedir un mínimo de educación; un mínimo de salario; el máximo de protección contra las enfermedades; alimentación adecuada; vivienda sana. La democracia tiene el deber de dar trabajo público a los ciudadanos si el particular no se consigue. Por eso es que en épocas de inflación, el Estado debe reducir los trabajos públicos, para no competir con los de iniciativa particular; y en las crisis, cuando el trabajo particular escasea, incrementar los trabajadores.

Yo creo que Roosevelt ha sido el gobernante más grande de la historia porque ha sido el más humano. "Todo el que pueda, quiera y necesite trabajar debe trabajar" repite incesantemente.

Gobierno para el pueblo significa preocupación constante por el bienestar social. Pensar más en la nación que en el país; más en el ciudadano que en el Estado. Muy bellas son nuestras montañas; soberbios nuestros ríos; magnífico nuestro cielo. Pero no es la majestad de las montañas, ni la plata de los ríos, ni el azul del cielo los elementos básicos de la nacionalidad. Tampoco la pujanza del suelo ni el oro de sus entrañas. La nacionalidad la forman los hombres que pueblan la tierra y que han sido, son y serán los hacedores de sus riquezas, de su civilización y de sus prestigios.

Pero la palabra democracia tiene algo más que un sentido político. Significa algo más que una forma de gobierno. Va más allá de la concepción de Lincoln. La democracia ha de ser definida como aquella forma de organización social que se inspira antes que nada en la conciencia de la dignidad humana.

Por eso democracia es también reconocimiento del esfuerzo, del talento y de las virtudes ciudadanas. El estímulo crea ansias infinitas de superación. La falta de estímulos conduce a la bancarrota del espíritu. Democracia es la exaltación del más apto sobre el más adicto; del más enhiesto sobre el más flexible; del más discreto sobre el más audaz.

Sin embargo, sumado todo, Costa Rica es en nuestra América uno de los países cuya organización política más se acerca al viejo ideario democrático y es también el único país de América que no tiene Universidad. Yo no quisiera para mi patria el régimen político de muchos países que tienen una, dos o más universidades.

Deseo, jóvenes, que se me comprenda. Yo no adverso la Universidad. Posiblemente no haya un centenar de costarricenses que la deseen tanto como yo. Por eso no quisiera que el encanto de su idealidad, se trocara en el desencanto de su pre-

matura realización. Pienso que podríamos esperar algunos años mientras se vigoriza la enseñanza primaria, secundaria y profesional; mientras se preparan profesores en Universidades extranjeras, especialmente en ciencias; mientras se prepara lo que suele llamarse "ambiente universitario".

Pero si el momento no parece el más propicio por las razones dichas para la creación de la Universidad como la concibió el doctor Galdames y fue presentada al Congreso, sí pienso que la juventud que tiene su mirada puesta en lo alto y más allá del horizonte, juventud espiritual, entiendo, la cual no siempre corresponde a la edad, pienso, repito, que ha de darse un paso adelante intermediario entre lo que existe y la Universidad, creando el Consejo Universitario Autónomo del cual se ocupó con gran interés el doctor Clodomiro Picado en 1929. El Consejo Universitario tendrá bajo su responsabilidad la dirección técnica de las escuelas desde que el niño asoma en el primer grado hasta que el joven sale de los colegios o facultades.

El Consejo Universitario imprimiría rumbos definidos a la enseñanza nacional;obsérvese que no digo nuevos, pues podrían serlo o no, después de un estudio inteligente y sereno de sus problemas a fin de darle orientación adecuada y la necesaria estabilidad para aguardar sus frutos. No hace mucho se publicó en los Estados Unidos un libro cuyo título traducido al español es éste: *¿Son nuestros hijos acaso conejos de laboratorio?* En efecto, cada ministro de educación en su afán, los más modestos de dejar huella de su paso, importan de aquí y de allá programas, teorías, métodos y sistemas no siempre adaptables al niño costarricense, al ambiente que lo rodea y al momento que vive. Creo que la palabra dinanismo ha hecho mucho daño a las instituciones. No pocas veces saber estarse quieto es la máxima sabiduría. La expresión de Nieto Caballero me parece muy justa: la mejor pedagogía es la pedagogía del buen sentido. Los programas de Harvard, dice su Rector, no han cambiado mucho ni hay motivo para que cambien y agrega: "pienso que la política educativa de Jefferson, muerto hace más de un siglo, debe ser nuestra guía". El propósito de la educación actual es el que siempre ha sido: educar para la ciudadanía o como dice H. G. Wells, es la preparación del individuo para una sincera e inteligente participación en la obra del mundo.

La segunda enseñanza requiere que su personal sea económica y moralmente estimulado; requiere mejorar las condiciones de trabajo de maestros y alumnos y asegurar el éxito con material abundante, laboratorios y bibliotecas; reducir el número de asignaturas; simplificar los programas; que la investigación se imponga sobre la sapiencia. Requiere también hablar a los jóvenes más al corazón que a la inteligencia.

Que los alumnos de los colegios como los obreros del taller tengan ocho horas de trabajo intelectual dentro y fuera del establecimiento; ocho horas de reposo que corresponden a las comidas, a las prácticas higiénicas, a la lectura no obligatoria, a la meditación y a las recreaciones, y ocho horas de sueño. Eliminación en las escuelas de prácticas que conducen a la pérdida de la salud de los maestros, y a su protesta muda o explícita como la caza del *Excelente*, y el *Uno Corrido* de los estudiantes, en pos del cual dejan perdida su salud física, moral y mental. El alumno que ha hecho sus cinco años de enseñanza secundaria y es esforzado, y es cumplido, y es honesto recibe su título sin otro trámite. Que no se vea el espectáculo anual de alumnos y alumnas a las dos de la mañana en las callejuelas del Morazán aprendiendo de memoria sus lecciones en un esfuerzo supremo, baldío para la obra de la escuela; baldío para la cultura del estudiante, pero rico en males para su equilibrio integral.

La enseñanza requiere una orientación espiritual superior que el Consejo Universitario le infundiría, al mismo tiempo que llenara el justo anhelo de los estudiosos de seguir aprendiendo. ¿Cómo? Organizando conferencias en fechas determinadas sobre temas libres o solicitados; promoviendo certámenes y acordando premios; robusteciendo las bibliotecas ambulantes; otorgando becas para hacer estudios superiores en universidades extranjeras, principalmente ciencias; declarando gratuita la enseñanza en colegios y facultades sin otra restricción que la incapacidad mental o moral del solicitante; contratando profesores y técnicos extranjeros, uno cada año, para cursos de conferencias, investigaciones o trabajos prácticos. En el Congreso hay un proyecto de ley que yo envié hace diez años a este respecto. Con un desembolso de mil dólares se traía un profesor de medicina o de ciencias aprovechando sus vacaciones. Es decir, lo que la Facultad de Medicina acaba de hacer al propiciar la venida del doctor Arce, eminente cirujano argentino, que llegará el domingo a esta capital.

Demos comienzo. "El día es corto y la faena es grande", dice el Talmud. A nosotros no nos toca dar remate a la obra que es infinita, pero obligados estamos a poner la mano en ella". *Mediterios en la creación del Consejo Universitario.*

De sastrería poética

(Para *Rep. Amer.* México, D. F., setiembre de 1940).

Recientemente, Juan Ramón Jiménez clamaba contra los excesos de la poesía intelectualizada, calificándola como poesía de ingenieros. Estas reacciones son saludables, por cuanto significan una llamada de atención contra la deformación profesional, contra la tendencia a sustituir los fines por los medios, los primores técnicos por los verdaderos propósitos espirituales.

En un sentido todavía más desdeñoso, la lengua corriente suele llamar sastre al mal poeta, no tanto porque se desprecie este noble oficio de cortar y coser trajes, cuanto porque el mote implica la posesión de aptitudes impertinentes y la penuria de dotes adecuadas al caso: algo semejante, en suma, a lo que se quiere decir al hombre de dos profesiones, y mediocre en ambas, cuando se le declara, por ejemplo, médico entre los abogados y abogado entre los médicos.

Góngora llamó una vez sastre a nuestro Ruiz de Alarcón, pero refiriéndose más bien al modo como éste se vió obligado a confeccionar una poesía de encargo, a toda prisa, y con la colaboración de varios amigos para salir del paso. Sucede que el duque de Cea encomendó a Alarcón un *Elogio descriptivo a las fiestas que la Majestad del rey Felipe III hizo por su persona en Madrid, a 21 de agosto de 1623 años, a la celebración de los conciertos entre el Serenísimo Carlos Estuardo, príncipe de Inglaterra y la Serenísima María de Austria, infanta de Castilla.* A Alarcón le faltaban tiempo y ganas para desempeñar la enojosa incumbencia y se valió de una docena de amigos. Hasta se asegura que de las 73 octavas de que consta el poema, él mismo no llegó a escribir ninguna. De aquí que Góngora le lanzara esta pulla:

> *De las ya fiestas reales*
> *sastre y no poetas seas,*
> *si a octavas, como a libreas,*
> *introduces oficiales.*

Es curioso recordar, a este propósito, que en la tradición de nuestra lengua no ha faltado un poeta de cierto nombre que al mismo tiempo fuera sastre, o sastre remendón mejor dicho: tal es Antonio de Montoro "el Ropero de Córdoba". La vida literaria siempre ha facilitado cierta circulación democrática aun en las épocas más respetuosas de las jerarquías. Los Cancioneros del siglo XV parecen verdaderos campo de batalla donde alternan próceres y plebeyos. Allí andan mezclados en satírica brega truhanes como Juan Poeta o Juan de Valladolid, hijo de un verdugo, Maese Juan el Trepador, guarnicionero, el propio Marqués de Santillana y nuestro Ropero que, por añadidura, era un judío converso y sin duda se llevaba la palma entre los epigramatarios. Todavía Lope de la Vega lo recuerda comparándolo con Marcial. En sus días, los émulos, como Guevara, Mexía y el Comendador Román le aconsejaban que dejara los versos y se limitara a "la vara de su remendería", y sus amigos como Alfonso Velasco le pedían que dejara el oficio de menestral que nada más empañaba sus timbres de poeta. Pero el pobre remendón, que muchas veces vivía de la limosna de los seño-

res, nunca quiso abandonar su humilde trabajo:

Pues no crece mi caudal
el trovar, ni da más puja,
adorémoste, dedal;
gracias fagámoste, aguja.

Entre las arremetidas de su humor satírico, siempre supo conservar la admiración y el respeto que le merecían los poetas mayores como Juan de Mena y el Marqués de Santillana, quienes por su parte nunca le escatimaron la simpatía y el aplauso. Jamás disimuló su origen y, ya setentón, se enfrentó con el fanatismo de los que perseguían a sus hermanos de raza, y fué su voz la única que subió, reclamando el crimen, hasta el trono de los Reyes Católicos:

¡Si Vuestra Alteza mirara,
el corazón vos manara
lágrimas de gran piedad!

Dos siglos más tarde, encontramos todavía testimonios de sastres poetas. Suárez de Figueroa, en el *Pasajero* (1617) hace dialogar así a sus personajes:

—"Sastre conocí que, entre diversas presentaciones que compuso, duraron algunas quince o veinte días.

—"Ese fué el que llamaron de Toledo. Sin saber leer ni escribir, iba haciendo coplas hasta por la calle, pidiendo a boticarios y a otros donde había tintero y pluma, se las notasen en papeletas".

Quevedo cita al sastre de Toledo y recuerda los únicos versos que de él conservamos en su *Perinola contra el Dr. Montalbán.*

El sastre poeta tiene traza de haber sido un especie de Negrito Poeta de aquellos tiempos y su memoria merece algún tributo. No así el poeta sastre, que más le valiera dedicarse a cualquier otro culto menos heroico y exigente que el celoso culto de la Musa.

ALFONSO REYES

Noticia de libros

(*Indice y registro de los que nos envían los autores, centros de cultura y casas editoras*).



Señalemos este honroso y ejemplar esfuerzo del Ministerio de Educación Nacional, en Caracas, Venezuela: la *Dirección de CULTURA,* a cargo de José Nuceti-Sardi. No tiene par, si no es la Dirección de Cultura de la Habana. ¿Cuándo la tendrán todos los Ministerios de Educación de las patrias de nuestra América? ¡Y la falta que hace!

Veamos cómo trabaja la de Venezuela:

Al Nº 20 llega, julio de 1940, la *Revista Nacional de Cultura,* una de las mejores que en su género se publican ahora en América.

Dirigida por Rafael Rivero O., al Nº 20, julio de 1940, llega *Onza, Tigre y León,* revista para la infancia *venezolana.* Es preciosa.

Siempre dentro de las ediciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, nos llega ahora la *Biblioteca Venezolana de Cultura.* Se inicia con estas secciones y títulos:

Colección "Antologías":

Antología de costumbristas venezolanos del siglo XIX (1830 a 1900). La presenta Mariano Picón Salas, que sabe hacer bien las cosas.

Colección "Viajes y Naturaleza":

Agustín Codazzi: *Resumen de la Geografía de Venezuela.* Venezuela en 1841. Tomo I: *Geografía física.*—Tomo II: *Geografía política;* y tomo III: *Geografía de las Provincias.*

La introducción es de Alfredo Jahn.

*

Señalemos la excelente Editorial SENECA, en México, D. F.

En sus ediciones recientes:

Sección "Arbol":

Federico García Lorca: *Poeta en Nueva York.* Con cuatro dibujos originales. Poema de Antonio Machado. Prólogo de José Bergamín. México, D. F. 1940.

(Es un libro inédito de Fed. García Lorca).

Juan Luis Vives: *Concordia y Discordia.* Versión y prólogo de Laureano Sánchez Gallego.

Sección "Estela":

Prof. Antonio Abaunza: *Los valores psicológicos de la personalidad y fenómenos psíquicos de adaptación ambiente.*

Dr. Julio Bejarano: *Enfermedades venéreas.* Ensayo de divulgación. Mecanismos de contagio, importancia social, métodos profilácticos.

Sección "Lucero":

Paseo de mentiras, por Juan de la Cabada.

Memoria del olvido (poesía). Por Emilio Prados.

Niebla de cuernos. (Entreacto en Europa. Novela por José Herrera Petere.

Nabí, poema de José Carner.

E. Dzelepy: *Espejo de alevosías. Inglaterra en España* y fragmentos del *Diario* de El Diplomático Desconocido. Traducción de Carlos Castillo.

En la colección Estela (Textos escolares):

Los primeros conocimientos de Aritmética y Geometría, por Marcelo Santalo.

Primeros conocimientos de Física, por Modesto Bargallo.

*

Por el *Fondo de Cultura Económica,* en México, D. F.:

F. Armand y R. Maublanc, profesores agregados a la Universidad de París: *Fourier.* Versión española de Enrique Jiménez Domínguez. México, 1940.

(En la serie de *Los Inmortales*).

*

En las ediciones IMAN, Colección Realidades Ibéricas, Buenos Aires, 1940 (Sarmiento 1320):

D. A. de Santillana: *Por qué perdimos la guerra.* Una contribución a la historia de la tragedia española.

J. García Oradas: *Cómo terminó la guerra de España.* Palabras preliminares por D. A. Santillán.

*

Ediciones ERCILLA

(Agustinas 1639. Santiago de Chile)

Los últimos títulos:

Hernán del Solar: *Viento verde.*

(Relatos. En la sección *Contemporáneos*).

Jean Francois: *El affaire Rohm-Hitler.* (La noche trágica del 30 de junio). Traducido por L. A. Sánchez.

José Luis Sánchez Trincado, Ex Director de la Escuela Normal y ex Inspector de Primera Enseñanza de Barcelona: *Gramática Castellana.* Para uso de los Grados superiores de la Enseñanza Primaria y elementales de la Enseñanza Secundaria.

El prefacio es de Luis Alberto Sánchez.

(Un texto moderno, muy recomendable; supera en mucho a lo que por ahí suele usarse en esta dirección. Que lle-

gue a manos de los estudiantes hispanoamericanos, es lo que anhelamos).

Paul de Kruif: *El combate de la vida*. Traducción de Joan Mapleson.

*

Empresa Editora ZIG-ZAG
(Santiago de Chile)

Nos llega:

Neville Henderson: *Fracaso de una misión*. Berlín 1937-1939. Tradujo: Lautaro Barahona.

*

Editorial LOSADA
(Tacuarí 483. Buenos Aires, Rep. Argentina)

Títulos recientes:

Carlos Gebhardt: *Spinoza*.
(En la *Biblioteca Filosófica*).
El más grande conocedor de Spinoza resume los resultados de toda una vida consagrada al estudio de su personalidad y su filosofía en este libro sabio, claro y profundo.

Paul Valery: *Política del Espíritu*. Traducción de J. Angel Batistesa.
(En la colección *La pajarita de papel*).
"Nosotras, las civilizaciones, sabemos ahora que somos mortales".

....

"Sentimos que una civilización tiene la misma fragilidad que una vida."
Paul Valéry

Félix F. Palavicini: *El arte de amar y ser amado*.
(En la serie *Prosista de España y América*).

Paul de Kruif: *Los vencedores del hambre*. La dramática historia de los hombres de ciencia que han combatido contra la implacable Naturaleza. Traducción del inglés por F. Jiménez de Asúa.
(En la colección *Ciencia y Vida*).
La historia novelesca y heroica de los hombres que alejaron para siempre el espectro del hambre.

Angel Ossorio: *El alma de la toga y cuestiones judiciales en la Argentina*.
(En la colección *Cristal del Tiempo*).

Arturo Capdevila: *Babel y el Castellano*. Prólogo con versos de don Miguel de Unamuno.
(En la *Biblioteca Contemporánea*).
En la misma Biblioteca:
Ramón del Valle-Inclán: *Jardín umbrío*. Historias de santos, de almas en pena, de duendes y ladrones.
(Es el Vol. IX de las *Obras Completas*).

Edgar Lee Masters: *El pensamiento vivo de Emerson*. Traducido del inglés por Luis Echávarri.
(En la *Biblioteca del Pensamiento Vivo*).

Francisco de Quevedo Villegas: *El buscón y escritos breves*. Introducción de Pedro Henríquez Ureña.
(Es el tomo 28 de *Las Cien Obras Maestras de la Literatura y del Pensamiento Universal*).

William H. Kilpatrick: *La función social, cultural y docente de la Escuela*. Traducción directa del inglés por Carlos Luzurriaga.
(En la *Biblioteca del Maestro*).

Ecos de la celebración del Día de la Patria

(Para *Rep. Amer*).

Señor Don José Rafael Araya,
Director Técnico de Música Escolar.

San José.

Estimado Señor mío:

Oportunamente recibí su interesante carta del 14 de este mes, que hasta hoy no contesto por saberlo a Ud. ausente de esa ciudad.

Digna de toda loa me parece la iniciativa que tiende a hacer cosa objetiva al alcance de los niños de las escuelas el alto sentimiento patrio expresado en el **Himno Nacional de Costa Rica.** No es otra, a mi juicio, la función primordial de la Escuela: objetivar lo más posible las fuerzas directrices de la Vida para hacerlas más comprensibles y útiles.

La asamblea que Ud. y sus compañeros preparan para explicar a los escolares de la provincia de Heredia lo que es y lo que quiere decir la canción nacional de nuestro país, y para rendir homenaje a los autores de esa canción, tendrá que ser un acto trascendental al cual habría querido asistir como simple espectador, a no impedírmelo circunstancias personalísimas que no me ha sido posible eliminar. Entre ellas la salud precaria, resentida por el cambio brusco de ocupaciones a que me he visto obligado en los últimos tiempos, y la naturaleza misma de esos trabajos que no permite mi ausencia de ellos ni aún por el reducido término de dos días.

Pero ello no ha de ser obstáculo para que la fiesta se realice con todo el sencillo esplendor que han imaginado Uds. Porque bien está el homenaje, muy merecido, al autor de la música del Himno, muerto hace muchos años. Esa música cautivante y sagrada que encierra en sí todos los anhelos del pueblo costarricense y refleja plenamente su fisonomía moral, no ha tenido todavía la resonante celebración a que es acreedora. Después de **La Marsellesa,** el canto de marcha para la victoria sobre los enemigos de la Libertad, no conozco ningún otro que despierte con sus armonías sugerentes una mayor cantidad de emoción patriótica. El Coronel Don Manuel María Gutiérrez tuvo la inspiración que lo hizo inmortal, y suya es por entero la gloria de esa inspiración. En cuanto a la letra, la cosa es diferente. El Himno se ha cantado con otras dos letras anteriores a la actual, lo que prueba que son ya tres las interpretaciones que la música ha tenido. No podemos asegurar que la de ahora sea la definitiva, como es definitiva por hermosa e insustituible la armonía cuyos acentos sacuden en suaves escalofríos nuestros nervios de costarricenses. ¿Quién ha pensado aquí jamás en la necesidad de cambiar por otra esa música penetrante y majestuosa? Nadie, pero ni siquiera la politiquería aldeana que es el matapalo de nuestra vacilante democracia.

No ha llegado, pues, el momento de honrar al autor de la letra. La prueba del tiempo no ha consagrado todavía esa obra de simple interpretación. La conducta sostenida del pueblo de Costa Rica, concentrada en sus hábitos de trabajo y en su amor a la Paz, que es la máxima consecuencia de la Justicia, será quien la consagre; y si cuando **alguno pretenda manchar esa gloria** sabe una vez más **convertir en armas sus instrumentos de labranza** para ir a la defensa del Derecho amenazado, podría afirmarse que nuestro país es digno de ese canto y que él interpreta de una manera auténtica los sentires del alma nacional. Por otra parte, bien sabia es la tendencia de no exaltar la vida de los hombres sino cuando ésta se haya extinguido poniendo término a la posibilidad de dolorosas rectificaciones, y cuando el aullido del encono que persigue hasta la tumba a los hombres de lucha, no sea sino un eco lejano perdido en las oquedades de la Historia.

Mi obra social en el país es extensa y llena de violentas reacciones. La letra del Himno Nacional no es sino un simple detalle de esa obra del cual acaso no llegue a quedar ni el recuerdo; y sobre esa obra integral aspiro y tengo derecho a ser juzgado en su oportunidad.

Espero que estas explicaciones sean satisfactorias a Ud. y sus distinguidos compañeros, de quienes me digo muy atto. Servidor y amigo,

José María Zeledón

Esparta, setiembre de 1940.

Siguen otros...

(Viene de la pág. 359)

de mesnaderos afiliados bajo un mismo caudillaje para fines de hostilidad; o al que desvirtúa también la idea diplomática de bandera, retornándola a su originaria derivación de bando, *grupo de luchadores que se segregan de la comunidad. Me atrevo a afirmar que la civilización consiste en la victoria progresiva de la idea de humanidad contra la de raza. La primera es integradora; la segunda, disgregadora. No hay peor separatismo que el propio concepto de raza. Y sería el más paradójico de los contrasentidos declarar extinguido el separatismo de las antiguas colonias españolas y proclamar en cambio, una solidaridad de raza española no fundada en ninguna comunidad de fines espirituales. Las colonias españolas se separaron inspiradas por un ideal generoso: la libertad. Pues bien: sólo una comunidad en los ideales de libertad debe volver a unirlas.*

Gabriel Alomar, *La raza espiritual contra el racismo materialista.*

Usted sabe el valor que concedo al lenguaje; muchísimo más que a la raza. En rigor apenas sabemos nada claro respecto a razas; por lo que hace a las lenguas es más fácil saber a qué atenerse. Se piensa con palabras y mientras dos o más pueblos conserven un mismo idioma, pensarán en el fondo lo mismo, sean cuales fueran las diferencias aparenciales. Con razón hablan los anglosajones de the english-speaking folk,

del pueblo que habla inglés, y dicen que la sangre es más espesa que el océano, aludiendo a su comunidad. Y dicen bien al decirlo, aunque un antropólogo niegue lo de la consanguinidad; porque la sangre del espíritu es el idioma.

M. de Unamuno, *en carta al Dr. Pulido.*

¡Abrid nuestras constituciones, nuestro derecho civil! ¡El extranjero no existe! ¡las razas no existen! ¡las clases no existen! La Nación la constituyen actos deliberados del pueblo, representado en asambleas, y hay de sus bases y condiciones constancia escriturada, porque es la inteligencia y la voluntad las que constituyen la asociación y no la tierra ni la sangre.

Si todas nuestras leyes no obedecen a esta ley suprema, es que algo queda de la colonia, de las malas tradiciones antiguas y de los hábitos no regenerados. Todo lo que no es conforme a los principios abstractos, absolutos, en nosotros no es América, en esta o en la otra porción del continente, son restos de otro mundo condenado a desaparecer en el frote diario del pulimento que nuestras ideas e instituciones sufren hasta que la palabra América, desde el Labrador hasta la Tierra del Fuego, despierte en el alma el conjunto armónico de los principios que ella ha proclamado, practicado e introducido en el mundo como móvil de los hechos históricos.

D. F. Sarmiento, *Obras Completas,* Tomo XXI.

¿No hemos visto fundarse diarios y escribir libros para propagar la ridícula teoría de que la raza latina *tiene una naturaleza diferente y condiciones contrarias a las de la* raza germánica, *y que por tanto sus intereses y su ventura la fuerzan a buscar el progreso bajo el amparo de los gobiernos absolutos, porque el parlamentario no está a su alcance? ¡A qué esa mentira! Bien sabemos los americanos que el principio fundamental de la monarquía, la base social, religiosa y moral de la Europa es un principio* latino, *es decir, pagano, anticristiano, el principio de la unidad absoluta del poder que mata al individuo, aniquila sus derechos; pero sabemos también que hoy no existen ni pueden existir, ni en Europa ni en América, la raza latina ni la germánica.*

Lo que se ha querido con aquel absurdo es hacernos latinos *en política, moral, religión, esto es, anular nuestra personalidad en favor de la unidad de un poder absoluto que domine nuestra conciencia, nuestro pensamiento, nuestra voluntad, y con esto todos los derechos individuales que conquistamos en nuestra revolución; para esto se ha inventado la teoría de las razas.*

J. V. Lastarria, *Obras Completas.* Tomo VIII.

No existe orgánicamente el grupo hispanoamericano; lo que así se ha llamado no era sino la vinculación política a la metrópoli. Rotas las cadenas que se juntaban en la Casa de contratación, todo punto de contacto en el centro histórico común desapareció provisionalmente, hasta que los mutuos esfuerzos de la Independencia y las relaciones solidarias de la "Vida nueva" *crearon los únicos que estén destinados a subsistir.*

Paul Groussac, *Del Plata al Niágara.*

PAGAREMOS bien los ejemplares del Nº 2 del tomo XXVI de este semanario que nos traigan, o nos remitan en buen estado. Diríjanse al editor de *Rep. Amer.*

Nuevos principios de Derecho Internacional Público

(Véase el *Rep. Amer.* anterior).

1.—La comunidad de intereses morales y materiales entre Estados que aceptan permanecer solidarios en la defensa de estos intereses, crea entre ellos una situación jurídica especial en relación a la cual deben ser juzgados y apreciados los actos que de común acuerdo decidan ejecutar para hacer efectiva esa defensa.

Los actos ejecutados en virtud del principio anterior sobre el territorio de un Estado, no afectan en forma alguna la soberanía de este Estado ni su integridad territorial.

Entran dentro del cuadro de este principio las obras de defensa ejecutadas, o que se ejecuten, por un Estado o por un grupo de Estados, dentro del territorio de otro, mediante su consentimiento, destinadas a la defensa común.

2.—La presencia prolongada de cuerpos armados de otros Estados, destinados a asegurar la defensa común dentro de los límites de otro Estado, mediante su consentimiento revocable, tampoco afecta la soberanía de ese Estado, gozando siempre esos cuerpos armados de los mismos derechos que hasta ahora les ha reconocido el Derecho Internacional Público en forma temporal limitada.

Julio 28 de 1939.

Justificación de estos principios:

1.—Los peligros de los conquistadores modernos y de las dictaduras absolutas.

2.—Eclipse total prolongado del Derecho Internacional Público en Europa y Asia. (Austria, Checoeslovaquia, Abisinia, Polonia, Albania, China, etc.)

3.—Cooperación necesaria entre los Estados inconformes con la política agresiva de los modernos Alejandros y Napoleones.

4.—Si por razones de orden económico se mantienen relaciones con esos Estados irrespetuosos y destructores del Derecho Internacional, es necesario organizar la defensa común de agrupaciones separadas de ellos por accidentes geográficos, contra cualquier agresión posible.

5.—La Nueva Doctrina Monroe, proclamada en Buenos Aires el 21 de Diciembre de 1936 y confirmada en la Declaración de Lima, de 1938, exige que se adopten medidas prácticas de efectiva cooperación panamerican Pro-Continente Beneficio.

Bases del procedimiento:

1.—Estudio y aprobación de cada obra necesaria ,por la Unión Panamericana, a propuesta de cualquier Estado americano.

2.—Consentimiento del Estado en cuyo territorio debe verificarse la obra.

3.—Contribución, proporcional a su población u otra base razonable, para cubrir el costo de la obra, por los otros Estados.

4.—Cooperación de otros Estados en el plan de mantenimiento y defensa de cada obra, pero bajo un solo comando, ya sea militar, naval o aéreo, conforme con selección de la Unión Panamericana. Igual política se debe seguir en la construcción de las obras.

5.—Plan general para el funcionamiento de las distintas obras, en caso de emergencia, bajo un solo comando mixto conforme con escogencia de la Unión Panamericana.

6.—En cada obra se enarbolarán los Pabellones nacionales del Estado soberano territorial, de los cuerpos armados encargados de su funcionamiento y el que se adopte para la Unión Panamericana o de la Defensa Continental.

Problemas jurídicos contemplados ya, en que tendrán aplicación estos nuevos principios:

Base naval en la Bahía de Acapulco,—México.

Base naval en las Islas Galápagos,—Ecuador.

Obras de defensa extraterritoriales en la Zona del Canal de Panamá,—Panamá.

Obras de defensa en la Isla de Puerto Rico en caso de que se le acuerde al independencia,—Puerto Rico.

Bahía de Guantánamo, Cuba.

Etc., etc.

Hon-Kong, China, setiembre 8 de 1940.

J. RIVERA REYES
Miembro principal de la Comisión Panameña Codificadora del Derecho Internacional.

Pequeños poemas

(*En el Rep. Amer*).

Poema del amor lejano

En una ruta de sueños nos encontramos.

No hemos de vernos nunca, pero conservamos —para nosotros sólo—un dulce amor de ultramar, hecho de ilusiones y carente de besos.

No hemos de vernos, y apenas si te imagino en tu lejano país que yo nunca nombro, y que vagamente me figuro perfumado de rosas y ardoroso de sol.

Amor hecho de ensueños y de fantasías, en el que yo no soy acaso más que un eco de tu emoción, y tú una resonancia de mi inquietud buscadora de ideales.

Milagroso amor de sombras que me hace vivir bajo la plenitud de un cielo azul que jamás veré, y que me hace oír, en las olas y en las brisas, el eco de mi nombre que alguna vez habrás pronunciado tú, en horas de ensueño o de anhelar.

Amor ideal que vive en mí, que nunca fué lo que pudo haber sido, y que hecho recuerdo morirá alguna tarde de abril—cuando yo muera—poniendo un velo en mis ojos que nunca vieron los tuyos, dulce amado que no conoceré.

Cartago, Costa Rica, junio 2 de 1940.

La angustia de esperarlo

Oh, Dios! No ha de venir nunca? Jamás ha de acabar esta angustia de esperarlo? No he de verlo nunca? Ni en las claras mañanitas radiantes de sol, ni en mis tibias noches tropicales bañadas de luna? Ningún sendero orlado de rosas me lo traerá? No vendrá por sobre el mar de claro azul de zafir?

Nunca ha de venir, Dios mío?

Me mas dado ojos y estoy ciega, porque no le veo. Ya mis brazos se cansan de estar tendidos, esperándolo. Y no ha de venir nunca?

La tierra está llena de caminos. Lleno de rutas está el mar. Pero él no vendrá jamás?

Oh, Dios! Haz que cese ésta angustia de esperarlo, haz que le vea, no importa dónde ni cuándo, pero que el día que mis ojos se cierren para siempre y mis manos se queden quietas por toda la eternidad, mis ojos le hayan visto y mis manos sepan del calor de sus manos!

Cartas viejas

Eran blancas y ya están amarillas. Eran dulces, y hoy lo que dicen me deja un recuerdo amargo. Las creí sinceras y ya sé que son falsas. Pero las amo, no puedo remediarlo, amo sus cartas a pesar de todas sus deslealtades, a pesar de que sé que no eran otra cosa para él que una manera amable de pasar el tiempo. Por eso las amo, por la ilusión engañosa que me dieron, por el sueño de amor que hicieron vivir en mí. Lo demás no importa. Que era mentido su amor? Que su corazón latía por otra cuando me hablaba de su anhelo? Qué importa, si yo lo creí, y para mi corazón fué fiesta su querer, aunque todo fuera engaño!

Y allí están las viejas cartas, ya un poco amarillas, y dulces aunque la última derramó chorros de hiel sobre todas las demás. Allí están las amadas cartas de ayer, que si eran falsas y mentían, me hicieran vivir la gloria de creer en ti!

MYRIAM FRANCIS



España a la luz...

(*Viene de la última página*)

presupuesto del Estado, mientras la educación del pueblo, representada por ese rumboso y pomposo ministerio de Educación Nacional, insume tan sólo el 6,26%.

Los falangistas pretenden aturdirnos todos los días con sus baraundas acerca de los grandes proyectos de reconstrucción. Pero los números son porfiadamente reveladores de hechos irrebatibles. "Números cantan", dicen las gentes del pueblo, y los números del presupuesto de Franco cantan la falacia de sus fantásticos proyectos, gran parte de los cuales son destinados a levantar monumentos al Corazón de Jesús. Así vemos que mientras el ejército devora el 13,80% del presupuesto, las obras públicas se llevan poco más de la mitad de este porcentaje, el 7.41%. Y aún incluyendo los cuatro ministerios que pueden contribuir a la reconstrucción del país (Obras Públicas, Industria y Comercio, Agricultura y Trabajo), todos juntos sólo representán el 10,76%, esto es, un 3% menos que el ejército.

¿Cómo y con qué recursos, con qué fuerzas se va a reconstruir España, si entre militares y carceleros devoran la mitad del presupuesto? Y lo peor de todo es que se trata de un presupuesto razumante de lógica. Es el presupuesto que puede confeccionar Franco, y en modo alguno puede hacer nada mejor para sostenerse. Ser o no ser. Los "salvadores de España" tienen que ser resarcidos de sus "sacrificios" y premiados por sus "desvelos". Y, además, tienen que ser mimados y sobornados constantemente para evitar que se les ocurra volver a emprender una nueva aventura salvadora.

Tal es la explicación del estado de hambre, de desesperación y miseria en que se halla el publo en nuestra patria. La hemos expuesto con números, no nuestros, sino los mismos números publicados por el gobierno falangista. Nosotros sólo hemos extraído los porcentajes para establecer comparaciones. El lector inteligente puede tomar el lápiz y controlar su veracidad.

De esta exposición surge, sin el menor esfuerzo mental, la impotencia del régimen que actualmente gobierna en España para reconstruirla. No podría hacerlo aunque tuviera buenas intenciones, porque persisten agravadas las mismas lacras parasitarias, el mismo cáncer que corroe su vida económica y que la República se esforzó en extirpar, aun a trueque de provocar el conflicto que la llevó al desastre. Es que ahora "gobiernan aquellos que no dejaban gobernar", según la frase feliz que les espetara don Antonio Maura.

Carta abierta

(*En el Rep. Amer.*)

San José, 2 de octubre de 1940.

Señor Director de *Trabajo*.
S. D.

En el semanario de su dirección se ha publicado un comentario según el cual puede creerse que hay desacuerdos intestinos en el aprismo y que el origen de ellos estaría en la definición de la actitud, que según Haya de la Torre corresponde a la América Latina, de unidad política y de alianza militar subsiguiente con los Estados Unidos.

Como aclaración al fondo de ese comentario debo negar rotundamente que existan divisiones ni otras manifestaciones de debilitamiento del aprismo. Lo que sí es cierto es que se nota una activa campaña ajena destinada a esparcir la creencia en que hay desacuerdos entre los dirigentes apristas y como Manuel Secane es uno de los más prestigiosos de nuestros líderes, su renombre lo convierte con frecuencia en instrumento del viejo cuento maquiavélico del cisma aprista, porfiadamente repetido por los adversarios y tenazmente desmentido por los apristas, especialmente por Seoane.

Al aprismo le hace honor el origen de esas versiones que proceden ante todo de los sectores feudal-fascistas del Perú. Seguramente *The Hemisphere*, citado por *Trabajo*, ha recogido alguna de esas versiones oficiales, de manera que al propagarlas de modo seguramente involuntario, resulta beneficiado el fascismo. Porque así como algunos colaboradores de *Trabajo* reclaman para sí el auténtico título de antifascistas, con igual razón ese título corresponde al aprismo en otros países indoamericanos, especialmente en el Perú. Fué con la negra camiseta mussoliniana que Flores, Ministro de Sánchez Cerro, exigió y presenció, el fusilamiento ensañado de los marineros apristas mártires del *Bolognesi;* fascistas fueron las matanzas de ese período; a la infiltración europeista del fascismo en los regímenes peruanos siguientes se han debido todas las crueldades y exacciones que han convertido al pueblo peruano en el mártir colectivo contemporáneo de la unión continental indoamericana.

Aún más, junto al antifascismo escrito con sangre el aprismo puede exhibir también como título muy singular el de ser uno de los pocos movimientos ideológicos de Indoamérica que han eliminado todo tutelaje mental extraño a nuestra patria continental bolivariana. Aprista significa para nosotros haber dejado de ser colonos espirituales de los movimientos de expansión imperialista o racista ajenos o sospechosos para la nueva humanidad de Indoamérica. Por la libertad de conciencia que da el aprismo los dirigentes pueden también ser fríos y objetivos en la apreciación de los imperialismos en pugna, sin que esto signifique disidencia. Todo el aprismo está con su Jefe, que ha expresado además una opinión consultiva. Y quienes hayan encontrado malo que Haya propugne nuestra alianza antifascista con los Estados Unidos, deben pronunciarse antes de modo consecuente sobre el plantamiento previo e inseparable de la tesis de Haya de la Torre: la unificación de Indoamérica y las implicaciones antiimperialistas de esa unificación.

Agradezco al señor director la publicidad que corresponde.

Atentamente,

ERNESTO LIZARRAGA FISCHER

(*Trabajo* no quiso publicar esta carta).

EDITOR:
J. GARCÍA MONGE.
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscrición mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, nifiar a otro, ni hipotecar jamás.—*José Martí*.

EXTERIOR:
EL SEMESTRE: $ 3.50
EL AÑO: $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York



Esta es la España que os prometen...

(Madrid. 17-X-36).

España a la luz de su presupuesto

(De *Galicia*,. Buenos Aires, 31 de agosto de 1940).

Hay dos maneras fundamentales de gobernar a un país: por el consenso popular o por la fuerza de las armas; por la voluntad del pueblo o por la voluntad de una tiranía.

El mundo ha conocido siempre en sus diversas comercas, alternativamente, las dos clases de gobierno, si no siempre en forma agudizada, por lo menos de manera que pudiera definirse cuál de los dos sistemas predominaba, si el popular o el despótico.

Pocas veces ha conocido España el régimen de un gobierno popular hasta que se instauró la República de 1931; pero no debemos pasar por alto un período preparatorio de este régimen, el que comienza en tiempos de la Gran Guerra, culmina en 1923 y se agazapa inquieto y sinuoso durante la dictadura de P. de Rivera. Fué aquella una etapa en que los dos sistemas pugnaban por afirmarse, el uno en decadencia, con alternativas de concesiones y reacciones, el otro en progreso de afirmación y superación, actuando con suerte varia, apoyados sus flancos en las clases medias y en la clase trabajadora.

Pero el 14 de Abril comienzo la verdadera actuación del pueblo en el gobierno, es decir, del gobierno popular, del gobierno con el concurso del pueblo. Lo primero que había que resolver era el terrible drenaje que en el presupuesto del Estado significaba el sostenimiento del clero y del ejército. Con suma cautela, con miedo puede decirse, la República procedió a podar tan frondosos presupuestos, sin conseguirlo más que a medias y muy a duras penas; pero se manifestaba una intención irreductible de marchar por un sendero de saneamiento de la hacienda pública a fin de eliminar en lo posible todo lo parasitario.

Pues bien; esta decidida actitud del gobierno popular, que disminuyó el presupuesto militar y eclesiástico para aumentar el de Instrucción y Obras Públicas, produjo la reacción brutal de las clases desposeídas; se alzaron los militares en armas contra la autoridad del Estado, subvencionados por fuerzas extranjeras y aplaudidos y apoyados por el clero. Y triunfaron de la manera por todos conocida.

Naturalmente que si hubiera triunfado la República, serían las clases populares, la clase trabajadora especialmente, las que procurarían mejorar su depauperada situación. Y por sentido de lógica contrapuesta, como han triunfado los militares, son ellos los que en la "reconstrucción" de España dentro del "nuevo" orden, sacan la parte del león, como podrá verse sin gran sagacidad al leer las cifras del presupuesto franquista para 1940, que reproducimos, y comparar los diversos rubros entre sí.

El presupuesto de Franco para 1940

Gastos para mantenimiento del orden y servicios militares (en millones):

	Pesetas
Ministerio de la Gobernación, Policía, Guardias, etc.	824.8
Ministerio del ejército	838.3
Ministerio de Marina	164.7
Ministerio del Aire	295.6
Ministerio de Acción de España en Marruecos	213.7
Ministerio de Justicia (Tribunales, Cárceles, etc.)	283.7
TOTAL	2.920.4

Gastos para la reconstrucción del país (en millones):

	Pesetas
Ministerio de Obras Públicas	450.0
Ministerio de Industria y Comercio	99.5
Ministerio de Agricultura	99.5
Ministerio del Trabajo (Trabajo y Sanidad)	52.0
TOTAL	653.5

Gastos para la educación del pueblo (en millones:)

Ministerio de Educación Nacional, (Escuelas, Museos, etc)	379.9

(Gastos diversos (en millones):

	Pesetas
Presidencia del Gobierno	35.5
Ministerio de Asuntos Exteriores	11.5
Ministerio de Hacienda y Secciones 14 y 15 de servicios que de él dependen	601.9
Deuda y Clases pasivas	1.353.0
Obligaciones de diversos Ministerios a extinguir	84.1
Jefatura de Estado	2.2
Subvenciones a Falange Española T y de las Jons	9.7
Tribunal de Cuentas	1.8
TOTAL	2.099.7

Un sistema de gobierno despótico no puede mantenerse de otro modo que subvencionando las fuerzas de represión; esto explica que estas fuerzas insuman nada menos que el 48.00% del

(Termina en la página anterior)